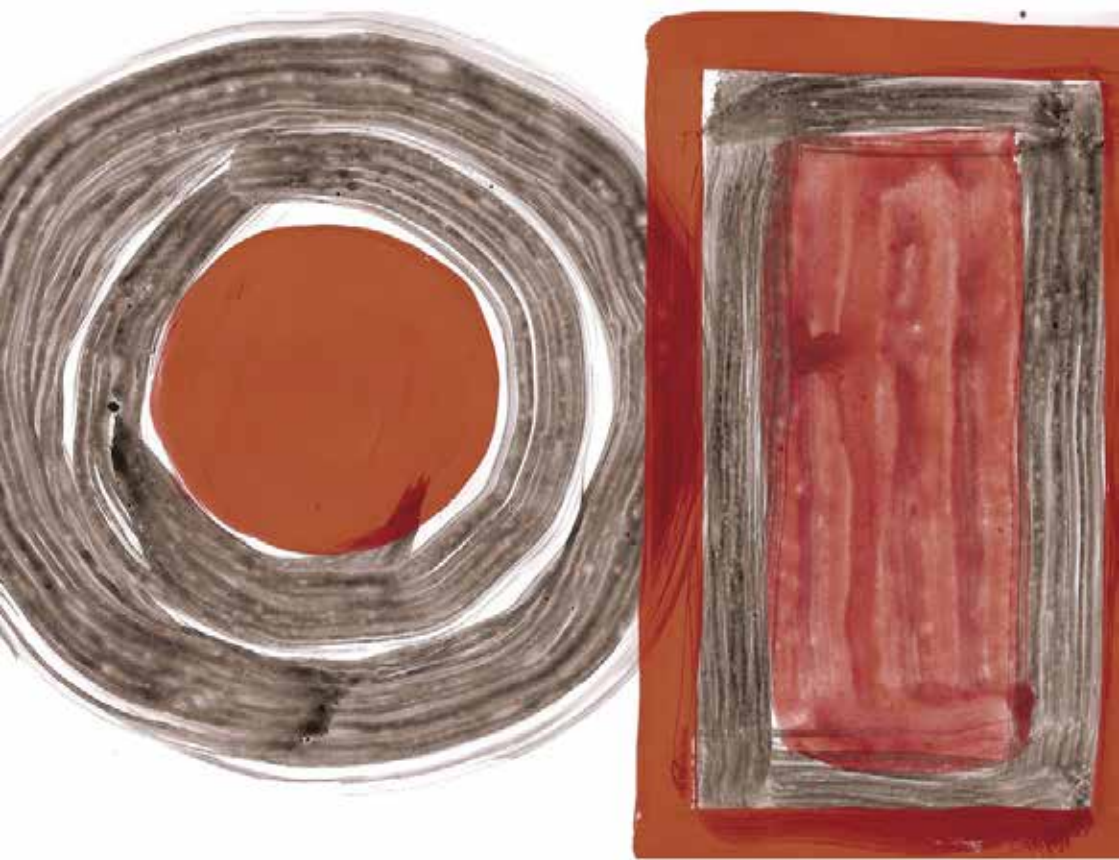


El sujeto en cuestión. Abordajes contemporáneos

Pedro Karczmarczyk (compilador)



El sujeto en cuestión. Abordajes contemporáneos

Pedro Karczmarczyk (compilador)

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

2014

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Corrección de estilo: Cristian Vaccarini

Ilustración de tapa: Daniel Goncebat, Sin título, Acrílico y tinta sobre papel, 2005.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

©2014 Universidad Nacional de La Plata

ISBN 978-950-34-1164-3

Colección Estudios/Investigaciones 53, ISSN 1514-0075



Licencia Creative Commons 2.5 a menos que se indique lo contrario

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano

Dr. Aníbal Viguera

Vicedecano

Dr. Mauricio Chama

Secretaria de Asuntos Académicos

Prof. Ana Julia Ramírez

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Dra. Susana Ortale

Secretario de Extensión Universitaria

Mg. Jerónimo Pinedo

Índice

Presentación	7
La crítica de Heidegger a la noción de sujeto: un análisis a partir de la incidencia de su reflexión sobre la técnica y el lenguaje <i>Luciana Carrera Aizpitarte</i>	14
El juego como auto-representación y modo de ser de la obra de arte en la estética hermenéutica de Gadamer <i>Paola Belén</i>	43
El <i>yo</i> sobre la línea de ficción: análisis de las concepciones de Sartre y Lacan <i>Luisina Bolla</i>	64
El poder y el sujeto. Sujeción, norma y resistencia en Judith Butler <i>Matías Abeijón</i>	97
Theodor W. Adorno: la crítica al sujeto después de Auschwitz <i>Gustavo Robles</i>	115
Estructura, discurso y subjetividad <i>Pedro Karczmarczyk</i>	143

Transformaciones, rupturas y continuidades entre la perspectiva de Ernesto Laclau y la tradición (post)estructuralista	
<i>Hernán Fair</i>	187
La recuperación del sujeto: escepticismo, autoconocimiento y escritura en S. Cavell	
<i>Guadalupe Reinoso</i>	241
Los autores	259

Presentación

El problema del sujeto constituye uno de los rasgos distintivos de la reflexión filosófica contemporánea. En efecto, una manera sugerente de presentar el impulso que anima a la filosofía contemporánea es valerse de una analogía con el desarrollo de la historia del arte desde el modernismo hasta nuestros días. Según la mirada que aportan Arthur Danto y Clement Greenberg sobre el desarrollo de la modernidad artística, ésta tiene su clave en la apuesta filosófica de Kant. De acuerdo con Kant, el abordaje de los problemas crónicos de la filosofía no requiere tanto de una garantía externa como de una interior. Antes que plantear el problema de la *adaequatio rei et intellectus*, o algún otro problema semejante acerca de la objetividad de nuestras capacidades, la posibilidad de hacer algún progreso depende, según Kant, de un paso previo: conocer al sujeto que conoce. Antes que plantear ingenuamente el problema de la objetividad de nuestras representaciones, habría que comenzar representando las condiciones de la representación. En el desarrollo del arte denominado “moderno” asistimos a un espectáculo semejante, en efecto, el arte moderno se tomó crecientemente a sí mismo como tema. Desde Manet, el arte intentó, con sus propios recursos, captar su singularidad. De esta manera, vemos aparecer en el lienzo lo que antes, en el arte que podríamos llamar “premoderno”, estaba invisibilizado: la pincelada, el chorreado de pintura, el plano, la superficie de la tela, etc. Se trata de la emergencia a plena luz de los elementos antes disimulados por las convenciones que hacen surgir la ilusión de profundidad en la producción artística. En consecuencia, la tarea del arte moderno es tanto una tarea de develamiento como de autoconocimiento. Surgía así el proyecto de “representar pictóricamente las condiciones de la representación pictórica”. La pictoricidad como objeto de representación (pero el movimiento es general podría pensarse también en lo escultórico, lo literario, lo teatral, etc.) depende enteramente de este gesto de

retorno a sí. La modernidad artística se configuró como un relato en el que el develamiento progresivo representaba una ganancia en la autoconciencia del arte. En el marco de este relato surgió la lógica de la vanguardia, de acuerdo con la cual cada nueva escuela artística denunciaba a las anteriores por haberse limitado, en su aprehensión artística del arte, a aspectos idiosincrásicos y contingentes. Lo interesante del caso es que este proceso culmina con obras como “La fuente” de Duchamp y “Brillo Box” de Andy Warhol. Al transformar, mediante una elaboración mínima o nula, objetos corrientes en objetos artísticos, estas obras se señalaban a sí mismas como reemplazables por otras. En consecuencia, lo que se representa en ellas es más el gesto del artista que la obra, más la función que el objeto. En otros términos, estas obras indican que el lugar adonde se venía dirigiendo la mirada para aprehender la singularidad del arte está vacío. Se vuelve comprensible entonces, para quien tenga en cuenta el proceso del modernismo como trasfondo, que se puede ganar una mejor inteligencia del mundo del arte, no tanto “examinando con lupa” las obras de arte, sino mirando en torno a ellas, atendiendo al “mundo del arte”, a su contexto institucional y social.

Un desenlace semejante ha tenido lugar en la filosofía y el pensamiento social. Luego de intentar, durante mucho tiempo, encontrar en el sujeto las condiciones de la representación del mundo, en el impulso que caracterizamos como el de “conocer al sujeto que conoce” o “representar al sujeto que representa, se llegó a la sospecha firme de que se trata de un proyecto inviable. Así se abre el camino para preguntarnos si acaso no hay que buscar una mejor inteligencia de la relación hombre-mundo y hombre-hombre “echando una mirada alrededor”, como diría Wittgenstein; es decir, prestando atención al contexto de acciones, prácticas e instituciones donde ocurre eso que llamamos “representación”.

Esta analogía pretende simplemente presentar de una manera sugerente los trazos mayores de un movimiento, que podría presentarse también según otros caminos, sin olvidar que se trata, a fin de cuentas, de una analogía y no de una explicación. Se podría mostrar, por ejemplo, cómo los acontecimientos políticos cruciales del mundo contemporáneo han llevado a cuestionar la idea de un sujeto fundante de lo social y lo político, y a plantear el problema de la constitución social y política de los sujetos. Pero a los fines de una presentación de trabajos realizados desde distintas perspectivas teóricas, basta

una analogía, que orienta y deja un espacio amplio de juego. Escogimos la nuestra, en cualquier caso, porque se destaca como la problemática dominante del pensamiento moderno, “la cuestión de sujeto” se transforma, en el pensamiento contemporáneo, en una problemática que querríamos llamar la de “el sujeto en cuestión”. Esta problemática cubre al menos dos aspectos que el lector encontrará en los trabajos que siguen. Por un lado, el desmontaje de los modos tradicionales de concebir al sujeto, como centrado, transparente a sí mismo, como fundamento del edificio teórico. Pero cuando decimos “el sujeto en cuestión” implicamos también el cuestionamiento sostenido de este problema, de modo tal que, si el sujeto ya no está en el centro de las teorías, indudablemente lo está en el de nuestras preocupaciones.

El trabajo que presentamos lleva por subtítulo “Abordajes contemporáneos”; corresponde que nos expliquemos aquí, precisando algunas de las implicaciones de nuestra analogía. El pensamiento contemporáneo, con su innegable diversidad, puede pensarse como una consecuencia de las exigencias renovadas que planteó el descentramiento del sujeto. La noción de sujeto aloja en sí una singular riqueza y complejidad histórica, que va desde la forma griega del sustrato, ontológico y lógico, pasando por las forma súbdito y la del sujeto de la conciencia, de raíces medievales la primera y propiamente moderna la segunda. En particular, las formas de sujeto como súbdito y como sujeto de la conciencia brindaron a la filosofía moderna los lineamientos clave para reflexionar sobre el conocimiento y justificar ordenamientos normativos, de manera que podría pensarse que la contracara de estos sentidos de la noción de sujeto son el mundo, por una parte, y el otro o los otros, el “mundo humano” podríamos tal vez decir, por la otra. La noción de sujeto está, entonces, en el centro de la apuesta histórica de la modernidad para pensar la ciencia y la política de manera ahistórica, universalista y fundacionalista. De modo que la aparición de la forma propiamente contemporánea, que ve en el sujeto el resultado o efecto de procesos que en rigor lo anteceden, ocurrió en un territorio ya ocupado, habitado por problemas y relaciones conceptuales vinculados con prácticas políticas y con experiencias políticas y sociales.

En el pensamiento contemporáneo asistimos, de manera recurrente, a la constatación de que las categorías centrales de la imagen moderna del mundo, y en particular los que parecían ser los aspectos más evidentes de esta imagen y que parecieron motivar su sostenimiento y desarrollo, no pueden

esclarecerse en términos del esquema sujeto-objeto con el que venían siendo pensados sino que debían subsumirse en el marco de una red conceptual dotada de una multiplicidad lógica mayor. No debe sorprender, entonces, que la dimensión del lenguaje, la de lo social o la de la historia hayan pasado a ser un eje prominente de la reflexión filosófica contemporánea. Ahora bien, adoptar una nueva red conceptual, una nueva problemática implica transformar no sólo las respuestas sino también las propias preguntas. Este fenómeno de alejamiento en relación con una subjetividad sintética, que desde diferentes tradiciones podría denominarse como terapia, ruptura, discontinuidad o inconmesurabilidad, no significó “el fin de la filosofía”, como se pudo creer, sino el surgimiento de nuevos problemas, aunque quepa preguntarse, aunque más no sea para alertar sobre lo que implica la confianza ingenua en la continuidad, por la filiación que éstos guardan con lo que tradicionalmente se consideró como problemas filosóficos. Los “problemas” del pensamiento filosófico contemporáneo son resultado, en buena medida, del hecho de que algunas categorías poseen, en el nuevo marco, un estatus ambiguo, al menos si se supone una calma continuidad en el desarrollo de la filosofía. Cuando Marx declaró, en la sexta tesis sobre Feuerbach, que la esencia humana es en verdad el conjunto de las relaciones sociales planteó un problema que, de un modo u otro, los filósofos posteriores no han dejado de abordar. En efecto ¿se puede pensar el concepto de relación social desde el viejo marco centrado en el sujeto? Esta esencia humana tramada de relaciones a la que alude Marx ¿debe pensarse en términos de relaciones interpersonales, de relaciones intersubjetivas? ¿No sería ello hacer de la relación algo accidental, frente a lo que la persona humana (el sujeto) se comportaría como esencia? Pero si se intenta hacer de la relación social algo constitutivo de la esencia humana, como quiere la sexta tesis, entonces algo que era en el viejo marco un rasgo del mundo (los otros), y por tanto contingente o derivado, debe ser pensado como necesario, constitutivo o básico, en la medida en que haya realidad humana.

La dificultad, transfigurada, se prolonga en algunas corrientes contemporáneas, que colocan el acuerdo con otros del lado de las condiciones de posibilidad del lenguaje o del sentido, lo que las lleva a pensar este elemento como un rasgo “siempre ya presupuesto” en todo discurso, que así se convierte, de fenómeno contingente que era en el viejo marco, en rasgo necesario en el nuevo. Pero al mismo tiempo es también, en el nuevo marco, un

elemento del orden del mundo, por tanto contingente. Entonces: ¿necesario o contingente?, ¿empírico o trascendental? Las largas discusiones acerca del lenguaje privado dan cuenta de la dificultad para responder a esta pregunta. Por otra parte, llega a ser cuestionable que las viejas categorías, al reaparecer en un marco diferente, puedan seguir cumpliendo con las funciones que les eran asignadas en la modernidad. Por ejemplo, si el sujeto deja de ser una categoría básica (siempre ya presupuesta), es decir, si se lo pasa a entender como el resultado de un complejo proceso de subjetivación ¿qué sentido queda para la tradicional pretensión de autonomía vinculada a la noción de sujeto, como principio de la acción, del discurso, de la crítica, etc.? ¿Cuál es el alcance posible de la crítica y la posibilidad de su despegue en relación con este proceso de subjetivación? Si la noción de significado remite a la de lazo social, y ésta a la de prácticas sociales que son siempre históricas ¿qué ocurre con la noción de significado?; ¿se vuelve también histórica?; ¿qué estatuto poseen las certidumbres con las que los hablantes se relacionan con sus enunciados? Y ¿cómo debe pensarse la relación entre disenso y sinsentido?; ¿qué papel juega la oposición sentido-sinsentido en los mecanismos de exclusión a través de los que opera el poder? O dicho de otra manera: ¿de qué modo se inmiscuye el poder en esta separación entre disenso legítimo y sinsentido?

La lista de interrogantes podría continuarse. Nos alcanza, con todo, para nuestros propósitos, recoger sólo algunos de ellos, para indicar que entendemos que la filosofía contemporánea es este trabajo de experimentación con las preguntas, en el cual los interrogantes se formulan con vacilaciones que no obedecen a la desatención de los pensadores o las pensadoras, sino a un destiempo y a una ambigüedad que atraviesa los conceptos como su suelo nutricional.

Los trabajos que siguen han sido desarrollados en distintas instancias. La mayor parte de los textos fueron producidos en el marco del equipo de investigación que coordino, inscripto en el programa de incentivos a la investigación de la Secretaría de Políticas Universitarias en la Universidad Nacional de La Plata: “Lenguaje y lazo social. Subjetivación, sujeción y crítica en algunas corrientes del pensamiento contemporáneo” (11/H653). Se sumaron algunos investigadores de otras instituciones con los que trabajamos contacto en el desarrollo de nuestro trabajo. Otros artículos provienen de producciones realizadas para seminarios en la UNLP. Los tres primeros trabajos se sitúan

en el ámbito de la tradición fenomenológico hermenéutica: Luciana Carrera Aizpitarte aborda un tema clave en el pensamiento de Heidegger, al ocuparse de la crítica a la noción de sujeto llevada a cabo por este pensador atendiendo a los vectores del lenguaje y la técnica; el trabajo de Paola Belén analiza los límites que la conceptualización de la obra de arte como juego llevada adelante por Gadamer impone a la concepción moderna de la subjetividad; en el trabajo de Luisina Bolla se ponen en diálogo y en tensión la perspectiva fenomenológica de Sartre con la del psicoanálisis lacaniano, para realizar una evaluación de esta confrontación con las herramientas que ofrece la reconceptualización de la ideología realizada por Louis Althusser. Este capítulo, al poner en diálogo disciplinas y tradiciones, abre el camino al trabajo de Matías Abejón sobre la constitución del sujeto, la sujeción al poder y las posibilidades de resistencia que ofrece la perspectiva de Judith Butler; la vinculación entre constitución de la subjetividad y política es explorada desde otro ángulo por Gustavo Robles, quien se ocupa de la conceptualización de la subjetividad que se desprende de la obra de Theodor Adorno, atendiendo a las repercusiones que los hechos fundamentales de la historia del siglo XX poseen en la misma. A continuación, se ofrece una relectura de la implicación de estructura y sujeto en la perspectiva estructural abierta por Saussure y continuada por Lévi-Strauss, Benveniste y Lacan, en el trabajo de quien escribe esta presentación, tema que recibe un tratamiento circunscripto al pensamiento del argentino Ernesto Laclau, distinguiendo distintas etapas de abordaje, en el trabajo de Hernán Fair. Cierra el volumen el trabajo de Guadalupe Reinoso sobre la perspectiva de un filósofo norteamericano poco trabajado en nuestro medio, S. Cavell, quien además de hacer una originalísima recepción de la herencia de Austin y Wittgenstein, plantea la necesidad de reformular el problema del conocimiento y el autoconocimiento mediante un análisis del escepticismo moderno.

Los trabajos que presentamos, insuficientes como mapa detallado, se emparentan entre sí mejor como ejercicios de elaboración de las preguntas, en sus modos peculiares de poner al sujeto en cuestión, podríamos decir, con lo que ello implica de diagnóstico sobre la fuente de los problemas y dificultades, y acerca de las perspectivas de resolución de los mismos. Esto, como el lector podrá apreciar, no implica necesariamente, no lo hemos buscado, armonía entre los autores.

Para concluir esta ya larga nota, queremos agradecer a los evaluadores de este trabajo por la dedicada lectura y las valiosas sugerencias y aportes que realizaron. A la Prosecretaría de Publicaciones de la Facultad de Humanidades, por el entusiasmo y la calidez con la que acogieron nuestra propuesta. También a todos aquellos que, en el equipo de investigación, en clases, congresos y en otras instancias, nos ayudaron a pensar con sus preguntas, críticas, sugerencias e intervenciones.

Pedro Karczmarczyk,
agosto de 2014

Transformaciones, rupturas y continuidades entre la perspectiva de Ernesto Laclau y la tradición (post)estructuralista

Hernán Fair

Introducción^{1*}

El siguiente trabajo se propone analizar la teoría política del pensador argentino Ernesto Laclau, integrándola en un diálogo con los enfoques de tradición estructuralista y sus derivaciones post-estructuralistas. El problema inicial que se nos presenta es que, curiosamente, no existe una clara delimitación entre el estructuralismo y el post-estructuralismo, de modo tal que carecemos de una caracterización rigurosa que permita identificar el paso del primero al segundo. En segundo término, los principales referentes habitualmente ubicados en cada una de estas tradiciones presentan ambigüedades, lo que dificulta su posicionamiento teórico. Como una respuesta a estas problemáticas, en una primera etapa examinaremos críticamente las conceptualizaciones y posicionamientos desde la bibliografía especializada, para luego incorporar algunos elementos conceptuales que contribuyan a identificar las características centrales del estructuralismo y a distinguirlo analíticamente del post-estructuralismo. Para ello, examinaremos dos dimensiones, basadas en los ejes epistemológico y filosófico-político.

En la segunda parte, nos concentraremos en el análisis de la perspectiva de Laclau, posicionándola dentro de este debate. En ese contexto, reali-

¹ Agradezco la lectura y los valiosos comentarios, críticas y sugerencias de Pedro Karczmarczyk y de su equipo de investigación, a una versión inicial de este trabajo. También quiero agradecer las pertinentes sugerencias y comentarios de Martín Retamozo, evaluador de esta publicación, que me han permitido mejorar la calidad teórica y organizativa del texto.

zaremos una periodización de su obra, identificando una serie de etapas en su concepción del sujeto político. Ello nos permitirá observar sus diferentes posicionamientos teóricos, epistemológicos y políticos, en diálogo tensional con el (post)estructuralismo. En una tercera y última parte, examinaremos las transformaciones, rupturas y continuidades entre la teoría de Laclau y el (post)estructuralismo francés.

La hipótesis principal sostiene que, junto a la permanencia de la dimensión simbólica, diferencial y relacional del signo del estructuralismo, la perspectiva de Laclau complejiza e innova a nivel epistemológico y filosófico-político la tradición post-estructuralista, profundizando la ruptura con el estructuralismo. En primer lugar, a partir de la integración de conceptos del (post)estructuralismo con la teoría política gramsciana, la fenomenología, la filosofía post-analítica y el psicoanálisis lacaniano, que radicalizan el aspecto historicista y precario de lo social. En segundo término, mediante la traducción de estos aportes al análisis político, desde una concepción post-gramsciana. En ese marco, Laclau presenta dos rupturas teóricas y conceptuales. La primera de ellas, se relaciona a la incorporación del concepto gramsciano de hegemonía en clave posfundacional, vinculado al rol político de los significantes vacíos. La segunda, se vincula con el concepto de sujeto parcial, una ruptura que se radicaliza con la reelaboración de la teoría discursiva del populismo, que integra en un mismo esquema aspectos del jacobinismo rousseauiano, la teoría política de Maquiavelo y el decisionismo schmittiano. Mediante estas re-conceptualizaciones, Laclau efectúa una novedosa articulación interdisciplinaria entre elementos estructuralistas, historicistas y neo-humanistas, que le permiten superar las clásicas disyunciones binarias agencia-estructura, sujeto-objeto, estructuralismo-humanismo, particular-universal, representación-participación y modernidad-postmodernidad, que predominaran en la historia de la filosofía política. La teoría de Laclau se posiciona, en ese marco, dentro de lo que definimos como un *pensamiento político complejo*.

El debate estructuralismo - postestructuralismo

Existe consenso en la bibliografía especializada en afirmar que la publicación del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure (1916), desde el campo de la lingüística, y la *Antropología estructural* de Claude

Lévi Strauss (1958), desde la antropología social, fueron los dos textos que iniciaron la tradición estructuralista, surgida en Francia en la primera mitad del siglo pasado.² Durante la segunda mitad del siglo XX, el impacto del estructuralismo se extendió hacia la filosofía, el psicoanálisis, la sociología, la historia y los estudios culturales.³

De Saussure (1959: 127 y ss.) sostenía que la lengua debía ser entendida como un “sistema de signos” que se caracteriza por dos elementos: su carácter “arbitrario” y su estructuración “diferencial” y “relacional”. En primer lugar, para el lingüista suizo, el “signo” sólo adquiere sentido mediante la relación de “representación” directa (uno a uno) que se establece entre un “significado” (concepto) y su “significante” (“imagen acústica”) (signo= significado + significante). En ese marco, el signo que articula el significante al significado no constituye una “esencia”, sino que es producto de una relación “arbitraria” entre el concepto y la imagen acústica que lo representa (de Saussure, 1959: 131). En segundo término, derivado del punto anterior, la lengua no puede ser analizada como una “sustancia”, que adquiere significación por sí misma, sino que debe ser entendida como un “sistema de diferencias”, pero que puede adquirir una “positividad”, al “encadenarse” mediante determinadas “regularidades” entre los signos. A partir de estos encadenamientos, se establece una organización estructural que forma el sistema *signico*.⁴ Mediante esta lógica relacional, de Saussure pretendía fundar una “ciencia” objetiva y universal de los signos, que pudiera expresar linealmente la realidad. En palabras de de Saussure (1959: 39), se trataba de

² En un detallado análisis, Ducrot (1975) señala que el estructuralismo de de Saussure presenta antecedentes que remiten a los aportes de la lingüística del siglo XVIII, en particular a las contribuciones de Humboldt y de la glosemática de Hjelmslev. Foucault (2008: 294-309), por su parte, destaca el papel clave que ejercieron las críticas historicistas y comparatistas a la gramática general del siglo XIX, por parte de Bopp, Schlegel, Grimm y Rask. El mismo de Saussure, finalmente, cita como antecedentes a la gramática, la filología de Wolf y Ritschl, la filología comparativa de Bopp, Jones, Grimm, Pott, Benfey, Ausfacht, Muller, Curtins, Schleicher y los estudios románicos, germanistas y neogramáticos de Diez, Whitney, Bruggmann, Oshthoff, Braune, Sievers, Paul y Leskien (de Saussure, 1959: 39-45).

³ Y también tuvo vínculos con la Teoría de la información y las Ciencias Complejas, como se puede observar en el análisis estructural de Jakobson (1985).

⁴ De Saussure (1959: 207 y ss.) distingue entre asociaciones “sintagmáticas” entre los signos y relaciones “asociativas”, aunque se concentra en las primeras.

elaborar una “ciencia en torno de los hechos de la lengua”.

Lévi Strauss retoma, profundiza, y en parte reformula, estos aportes de la lingüística, para reconducirlos al análisis sociocultural.⁵ En *Antropología estructural* realiza, en ese sentido, un exhaustivo abordaje antropológico, basado en la búsqueda sistemática de regularidades entre las culturas indígenas, identificando las relaciones y las contraposiciones que emplean en los términos lingüísticos, para luego elaborar modelos formales que buscaban adquirir un *status* de leyes universales, bajo una forma científica y lo más objetiva posible. En ese marco, Lévi Strauss propone un “método de análisis estructural”, que se caracteriza, básicamente, por la elaboración de un análisis simbólico, holista, relacional, sistemático, formalista, sincrónico y con vocación científica y universal, de manera tal de incorporar al estructuralismo una mayor sistematicidad y rigurosidad (Lévi Strauss, 1968).

A partir de mediados de los años '60, al compás de la burocratización creciente del socialismo soviético y la expansión de las movilizaciones sociales por los derechos civiles y culturales de las minorías, comenzaron a surgir algunas críticas a las limitaciones del estructuralismo, pero que se mantenían, en cierta forma, dentro de aquella tradición. En ese contexto, la bibliografía especializada ha destacado como precursores del post-estructuralismo a dos textos de 1966: la crítica deconstructiva de Jacques Derrida en “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”, y el análisis de *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault (Sazbón, 2000, 2007: 50).

En líneas generales, se han resaltado las críticas de estos filósofos, extendidas a otros referentes franceses (Lefort, Ranciere, Badiou, Deleuze, entre otros), a la idea metafísica de una estructura cerrada y centrada, el rechazo al esencialismo, el racionalismo, el empirismo, el cientificismo, el objetivismo y el universalismo. También se ha destacado el énfasis en el aspecto significativo y polisémico de lo social. Finalmente, el post-estructuralismo se caracterizaría por recuperar la dimensión histórica y precaria, en consonancia con el juego de las diferencias, la contingencia e indeterminación constitutiva de lo social.

⁵ Mientras que de Saussure no analiza los aspectos “externos” al lenguaje (de Saussure, 1959: 70), Lévi Strauss (1968, 1979) realiza una analogía entre lo lingüístico y lo social, analizando las culturas antiguas sobre la base de sus creencias y tradiciones históricas.

Primer problema: ¿qué define el paso del estructuralismo al post-estructuralismo?

Ahora bien, al examinar la bibliografía existente, se presenta un problema inicial, que consiste en determinar qué define la transición o el paso del estructuralismo al habitual uso del prefijo “post”. En efecto, los trabajos especializados que suelen concentrarse en el análisis del estructuralismo (Ducrot, 1975; Wahl, 1975; Deleuze, 1982), emplean de forma indistinta ambas categorías o, incluso, rechazan la validez del concepto de post-estructuralismo⁶ (Culler, 1988; Balibar, 2007). En ese sentido, pese a la existencia de cierto consenso sobre los ejes centrales que definen a la lingüística estructuralista,⁷ escasean, llamativamente, los estudios que identifiquen y permitan distinguir de forma rigurosa entre el estructuralismo y el post-estructuralismo, lo que nos muestra la falta de una problematización de este asunto.

Si pensamos en los aspectos teóricos en común entre los referentes que han sido situados en la tradición francesa,⁸ podemos identificar cuatro elementos compartidos:

- a) La primacía que adquiere el orden simbólico en la estructuración de lo social.
- b) La arbitrariedad del signo.

⁶ Balibar (2007), en ese sentido, señala que el estructuralismo no sólo no tiene matices “post”, sino que no representa una “escuela”, y ni siquiera tiene “fundadores”, desde el momento en que se trata de un “encuentro divergente” que integra a distintos referentes teóricos que destacan los límites y las insuficiencias del propio concepto de estructura (pp. 155-156). Sin embargo, luego reconoce que, dentro del estructuralismo, existe una etapa de “estructuralismo de las estructuras”, frente a lo que define como un “estructuralismo sin estructuras” (p. 165).

⁷ Wahl (1975) destaca, en ese sentido, que la lingüística estructural posee una “vocación científica”, que busca elaborar una “ciencia de los signos”, a partir de la construcción de “modelos” que forman “estructuras”. Ducrot (1975), por su parte, se refiere a los conceptos de “orden”, “rigor”, “organización regular”, “sistematicidad”, “combinación de elementos”, “esquemas” y “representación” de los signos.

⁸ Aunque en realidad, tampoco es puramente francesa, ya que de Saussure era de origen suizo, mientras que Lévi Strauss era belga. Además, el lingüista mantuvo fuertes diálogos con las Escuelas de Praga y de Moscú, y con el pensamiento alemán de Humboldt, mientras que el antropólogo mantuvo fuertes vínculos con escuelas alemanas y anglosajonas de antropología, sociología y psicoanálisis. El concepto de escuela francesa se debe, en todo caso, a que fue en Francia donde se desarrolló este pensamiento.

- c) La lógica diferencial del lenguaje.
- d) La lógica relacional del lenguaje.

Estos aspectos, destacados inicialmente por de Saussure (1959),⁹ son compartidos por el conjunto de los autores posicionados dentro del campo post-estructuralista, por lo que podemos señalarlos como elementos ontológicos de la escuela francesa.

En cuanto a las divergencias, se ha destacado, sobre la base de las críticas de la deconstrucción derridiana al estructuralismo de Lévi Strauss (Derrida, 1989) y las críticas foucaultianas a la lingüística formalista (Foucault, 2008), el rechazo del post-estructuralismo a las visiones objetivistas, científicas y universalistas y a la idea de una estructura centrada, cerrada y plena. En ese contexto, el post-estructuralismo criticaría las determinaciones estructurales, la objetividad, el racionalismo y el cientificismo, destacando la historicidad, contingencia, discontinuidad y relatividad de las categorías y la ausencia de cualquier tipo de fundamento, orden o sustancia que determine lo social (Sazbón, 2000, 2007; Palti, 2005: 95). Algunos trabajos han subrayado también las divergencias con los enfoques formalistas y objetivistas del estructuralismo (Howarth, 2010). En otros casos, se ha señalado que el estructuralismo elimina al sujeto en las determinaciones estructurales (Giddens, 1995). Sin embargo, referentes como Balibar han rechazado esta caracterización, destacando que el estructuralismo se caracteriza por una crítica radical al positivismo y a la idea de objetividad. En ese marco, el estructuralismo tampoco eliminaría al sujeto, en el momento en que su eje de indagación metodológica se centra en los debates de la antropología filosófica, si bien distinguiéndose del humanismo moderno y de la conciencia fenomenológica (Balibar, 2007: 158-168).

Segundo problema: ¿en qué medida los textos de los referentes teóricos posicionados como estructuralistas y post-estructuralistas coinciden con las conceptualizaciones de ambas vertientes?

De manera sintomática, no existe un acuerdo general dentro de la bibliografía especializada, e incluso dentro de los propios “involucrados” en

⁹ Nos referimos a los principios de “arbitrariedad”, “diferencialidad” y “relacionalidad” de la lengua.

la disputa,¹⁰ que permita identificar, y especificar con claridad, el posicionamiento de aquellos pensadores que forman parte de la teoría estructuralista y, a su vez, diferenciarlos nítidamente de lo que se conoce como el post-estructuralismo.¹¹ En ese marco, en el momento en que analizamos los textos de los principales referentes teóricos posicionados dentro de cada vertiente, estas caracterizaciones resultan problemáticas. En primer lugar, debemos tener en cuenta que, aunque en el estructuralismo formalista de de Saussure se presenta una concepción determinista, cientificista, objetivista y universalista, en la que el sujeto como “individuo” está “atado a la lengua” y se reduce a “registrar pasivamente” las determinaciones objetivas (e inconscientes) de una lengua “ya constituida” (de Saussure, 1959: 57, 135-138), y que constituye un “sistema cerrado” (de Saussure, 1959: 195), el lingüista suizo critica el sustancialismo empirista y reconoce explícitamente el aspecto “diacrónico” o “temporal” de los signos y la imposibilidad de una determinación absoluta. En ese marco, luego de sostener que el signo es “inmutable”, pero a la vez “mutable” y “temporal”, bajo “la influencia de todos los agentes” (de Saussure, 1959: 140-143), de Saussure distingue entre el análisis “sincrónico” y “diacrónico”, señalando que ambos lados forman parte de la lingüística, ya que todo lenguaje se transforma históricamente (de Saussure, 1959: 146 y ss.). Además, aunque destaca la “arbitrariedad” del signo, luego señala que, en realidad, la arbitrariedad no es completa sino “parcial”, por lo que se refiere al signo como “relativamente motivado” (de Saussure, 1959: 219-221).

En el caso de Lévi Strauss, con frecuencia se lo ha acusado de presentar una concepción objetivista de lo social (Vernant, 1994: 215-218), que elimina

¹⁰ Sólo Lévi Strauss se reconocería como estructuralista, mientras que otros referentes de la filosofía francesa, como Foucault (1970) y Lacan (2009: 39), rechazarán esta “etiqueta”.

¹¹ Entre los pocos estudios que han profundizado en este particular, podemos mencionar el texto de Deleuze (1982), quien sitúa en la tradición estructuralista a teóricos de diversos campos, como Jakobson, Lévi Strauss, Foucault, Barthes y Althusser, destacando sus “criterios” compartidos (lo simbólico, lo posicional, lo diferencial, la diferenciación, lo serial y la casilla vacía), aunque sin examinar su relación con el post-estructuralismo. También Balibar (2007) destaca a los referentes estructuralistas, posicionando a Lévi Strauss, Benveniste, Foucault, Lacan y Althusser. Palti (2005: 90 y ss.), por su parte, se refiere al “marxismo post-estructuralista”, situando como principales exponentes a Badiou, Balibar, Ranciere, Laclau, Mouffe, Butler y Žižek, al tiempo que distingue a Derrida como deconstruccionista. Sin embargo, tampoco identifica las divergencias frente al estructuralismo.

la autonomía del sujeto y la propia historicidad (Giddens, 1995: 39; Castoriadis, 1999: 240-241; Bourdieu, 2008: 24 y 153). Sin embargo, en algunos de los textos centrales de Lévi Strauss (1968, 1971, 1999) es posible hallar una crítica a la idea de una estructura plena, en lo que constituye un rechazo al objetivismo funcionalista y a los límites de la lingüística saussuriana. En ese marco, frente al análisis más “objetivista” sobre la mitología (Lévi Strauss, 1969), en otros trabajos se presenta una mayor apertura hacia el aspecto de interpretación subjetiva y la precariedad ontológica de lo social, así como una valorización de la historia en clave no positivista. En su análisis de las relaciones de parentesco en las culturas indígenas el antropólogo reconoce, además, la contingencia del orden social, producto de su construcción simbólica, e incluso se refiere a elementos del imaginario político, destacando el aspecto significativo del lenguaje. En ese marco, el concepto de “significante flotante” (Lévi Strauss, 1979) representa un antecedente directo de los abordajes post-estructuralistas de la primacía del significante sobre el significado, así como una crítica al objetivismo pleno del lenguaje.¹² Además, en algunos textos recupera el valor de la historia, e incluso critica el positivismo y el etnocentrismo de la Modernidad occidental. Así, el análisis de los mitos condujo a Lévi Strauss a criticar la racionalización universalizante, por intentar fijar niveles jerárquicos y etnocéntricos, en relación con las culturas diferentes de la Occidental. En la misma línea, en sus análisis sobre el racismo, el pensador belga-francés ya había incorporado a sus estudios a la historia en clave anti-positivista (Lévi Strauss, 1999). En ese sentido, pese a sus polémicas con el humanismo sartreano, en la famosa *Introducción a la obra de Marcel Mauss* Lévi Strauss critica los “prejuicios de raza”, adoptando lo que define como un “nuevo humanismo” (1979: 16 y 26).

Un problema similar lo encontramos al pretender caracterizar a las perspectivas de algunos de los pensadores franceses de la segunda mitad del siglo pasado, como es el caso de Foucault, Barthes, Althusser y Lacan. Foucault, por ejemplo, ha sido situado con frecuencia como estructuralista, o incluso

¹² A partir del estudio etnológico de diversas tribus, Lévi Strauss (1979) observará la existencia repetida de ciertos significantes, que definirá como “flotantes”, que “sirven de fundamento a sistemas oficiales y pensados de interpretación” (Op. cit., p. 37). Sobre la complejidad que adquiere el pensamiento de Lévi Strauss, véase Balibar (2007). En cuanto a su impacto no reconocido en el post-estructuralismo, véase de Ípola (2007: 90-99).

como “cuasi-estructuralista”¹³ (Howarth, 2010). En ese sentido, al compás de su tesis de la “muerte del sujeto” (Foucault, 2003: 19) y de sus análisis de las formas de “disciplinamiento” social (Foucault, 2003), se ha señalado que en sus textos el sujeto político desaparece. Sin embargo, Foucault siempre deja abierta la capacidad de “resistencia” al “poder”¹⁴ (Foucault, 1996: 64). En ese marco, en algunos trabajos promueve una crítica situada en los márgenes de la Modernidad, que debía intentar franquear sus límites, a partir de una “ontología crítica del presente” (Foucault, 1996: 82 y ss.). En cuanto a la dimensión epistemológica, algunos autores han posicionado a Foucault, sobre todo en su etapa arqueológica, dentro de un enfoque positivista o científicista, al construir una metodología formalista de análisis histórico de los discursos. Este problema habría sido superado durante la etapa “genealógica” y su énfasis en la cuestión nietzscheana del poder. Sin embargo, en el transcurso de la obra del filósofo francés se rechazan las determinaciones estructurales, el objetivismo y el positivismo teleológico, y se destaca el aspecto constructivo, histórico, significativo, polisémico, polémico, parcial y contingente de lo social (Foucault, 1970, 1973, 1992, 2008).

Lacan, por su parte, elaboró un modelo topológico basado en un análisis formalista y sincrónico, incluyendo conceptos de las matemáticas y la lógica formal (Lacan, 2003). En ese sentido, se ha distinguido su inicial etapa “estructuralista”, centrada en la primacía constituyente del orden simbólico, de su posterior etapa pos-estructuralista, con el desarrollo del registro de lo Real

¹³ Foucault también ha sido situado como “postmoderno”, al igual que Derrida, e incluso junto a Lévi Strauss (véase Alonso, 2012).

¹⁴ Tal vez hubiere que decir, en ese sentido, que los enfoques estructuralistas, al menos desde el plano filosófico político, no rechazan la existencia del sujeto, sino que lo relegan a un lugar muy limitado. En esta línea, Deleuze (1982) considera que el estructuralismo “no es en absoluto un pensamiento que suprime el sujeto, sino un pensamiento que lo hace migas y lo distribuye sistemáticamente, que contesta [impugna] la identidad del sujeto, que lo disipa y lo hace pasar de lugar en lugar, sujeto siempre nómada, hace individuaciones, pero impersonales, o singularidades, pero pre-individuales”. Balibar coincide con esta apreciación, destacando que el estructuralismo no “elimina” al sujeto, sino que “destituye” su centro, para luego “reconstituirlo” como “subjetividad” que emerge como “efecto” (2007: 164-166). Lacan, en la misma línea, señala que lo que hace el estructuralismo es una “reducción que desatiende al sujeto” (Lacan, 1987: 849). Parafraseando a Heidegger, podemos decir que el sujeto existe (como ente), pero no es (como ontología).

(Žižek, 1992). En ese marco, en sus últimos seminarios Lacan profundizará el aspecto contingente y precario de lo social, a partir del desarrollo del “nudo borromeo” y el concepto de lo Real, en tanto límite de toda significación, que se materializa en la expresión del “no todo” del universal aristotélico y la ausencia de un “metalenguaje” (Lacan, 1971-1972: 5 y ss., 2006, 2008, 2009: 14).

Althusser, finalmente, presentaba en sus textos más conocidos una concepción del marxismo basada en la determinación de la base material, si bien “en última instancia”. Además, en esta etapa el filósofo criticaba las interpretaciones “humanistas” del marxismo y rechazaba al propio concepto de sujeto, al que situaba como “sujetado” a la ideología y luego contraponía a la objetividad de la “ciencia” marxiana (Althusser, 1988). En otros textos, manteniendo la contraposición entre la “ciencia” marxista y la “ideología” (burguesa o pre-marxista), y el rechazo al historicismo y al “humanismo burgués” (Althusser, 2011: 183), Althusser se referirá a la noción psicoanalítica de “sobredeterminación”. Ello implicaba una forma de determinación más compleja de la base material, pero que mantenía la determinación en “última instancia” de la estructura (Althusser, 2011: 98). En sus últimos trabajos, sin embargo, Althusser asumirá una fuerte crítica al cientificismo, el objetivismo y la visión teleológica de la teoría marxista. En ese marco, hará referencia a un “materialismo del encuentro”, basado en el reconocimiento de lo “aleatorio” y de la “contingencia” (Althusser, 2002: 12), lo que implicaba asumir la primacía de la “desviación” sobre la “rectitud” y del “desorden” sobre el “orden” (Althusser, 2002: 50). De modo tal que, pese a presentar un método de raíz estructural, el encasillamiento conceptual de Althusser (al igual que el de Lacan y de Foucault), como “estructuralistas”, resulta problemático, al menos si se lo compara con la lingüística de de Saussure.¹⁵

¹⁵ De todos modos, hemos visto que el estructuralismo de de Saussure (1959) no puede ser reducido a un esencialismo, al menos no como “sustancia” que existe “en sí”, ya que la lengua representa una “forma” (véase p. 206). También vimos que se diferencia del funcionalismo, al resaltar la dimensión de temporalidad o diacronía. En ese marco, como señala Ducrot (1975: 88), el lingüista suizo es consciente de “no poder descubrir el sistema” como totalidad. Sin embargo, pese a criticar la idea de la “fidel reproducción” de la realidad, de Saussure limita el aspecto significativo a su relación de “representación” directa del significado, de modo tal que el lenguaje se reduce a su función “comunicativa” o “expresiva”. Además, considera posible alcanzar un análisis objetivo, racional y universal, aunque derivado de la relación organizativa entre los

¿Cómo se resuelve, entonces, este problema? Una primera posibilidad consiste en plantear la tensión histórica que se produce entre los condicionamientos estructurales y objetivos de sus primeros textos, en contraste con los aspectos subjetivistas, historicistas y construccionistas de los últimos trabajos. En este sentido, se ha destacado que, en pensadores como Althusser, Foucault y Lacan, junto a otros, como Barthes, acontecimientos dislocadores, como el Mayo Francés de 1968, transformaron sus teorías, y los condujeron a asumir una concepción post-estructuralista.¹⁶ En ese marco, con el paso de la arqueología a la genealogía foucaultiana, la ruptura lacaniana de su última etapa, el descubrimiento de la semiótica barthesiana y el énfasis en la contingencia y la aleatoriedad althusseriana, se acentuarían las críticas al racionalismo, el objetivismo y el universalismo, pasando del estructuralismo a la etapa post-estructuralista.

Sin embargo, junto con las transformaciones en sus perspectivas, que permiten avizorar distintas etapas históricas, también se presentan algunas contradicciones y ambigüedades, no puramente cronológicas. Así, en Lévi Strauss el predominio de lo estructural de sus primeros trabajos no desconoce lo particular, ni elimina del todo los aspectos más históricos y subjetivos. De hecho, como señalan Balibar (2007) y de Ípola (2007), desde sus tempranos textos de los años '50, entre ellos *Antropología estructural*, ya se observaban aspectos “post-estructuralistas”, que luego desarrollaría en trabajos posteriores. Debemos considerar, en ese sentido, que, si bien coloca el eje en el aspecto sincrónico, Lévi Strauss no deja de partir desde un análisis etnográfico de los sujetos concretos y de señalar la historicidad ontológica de lo social. En ese marco, aunque se propone como un método formalista de vocación objetiva, científica y universal, reconoce, a partir de Freud, los límites que el orden significante le impone a la plena objetividad. Incluso, en esta etapa

elementos (signos) que forman el sistema y el énfasis en su aspecto “inconsciente”. Finalmente, su abordaje, centrado en las reglas sincrónicas del lenguaje, termina siendo “antihistoricista” (Ducrot, 1975: 72-113). El propio Ducrot complejizará la lingüística tradicional, al tomar en consideración, sobre la base de los aportes de Benveniste (1989) y de Lévi Strauss, su función no meramente comunicativa, sino entendida como “creación” de un “juego” de “relaciones inter-subjetivas”, que puede transformar las “creencias” (Ducrot, 1975: 119 y ss.).

¹⁶ Según nos recuerda Sazbón (2007: 50), este problema de los cambios cronológicos había sido destacado tempranamente por Perry Anderson.

temprana llega a destacar el aspecto normativo de toda teoría científica, recuperando las críticas filosóficas del marxismo¹⁷ (Lévi Strauss, 1968).

En el caso de Foucault, ya desde su etapa arqueológica criticaba al positivismo y al funcionalismo, y reconocía los límites ontológicos del estructuralismo saussureano y del propio conocimiento. En ese marco, en *La arqueología del saber* afirmaba que:

Para hacer valer este tema que opone a la inmovilidad de las estructuras, a su sistema cerrado, a su necesaria sincronía, la apertura viva de la historia, es preciso, evidentemente, negar en los propios análisis históricos, el uso de la discontinuidad, la definición de los niveles y de los límites, la descripción de las series específicas, la puesta al día de todo el juego de las diferencias (Foucault, 1970: 25).

Del mismo modo, aunque en esta etapa Foucault presenta una cierta sistematicidad de su pensamiento, no deja de criticar la “formalización general del pensamiento y del conocimiento” de la lingüística y su vocación objetivista, racionalizadora y “casi universal”, enmarcándolas dentro de una misma “episteme moderna” (Foucault, 2008: 378 y ss.). Así, en contraste con el racionalismo, el objetivismo y el universalismo de Saussure, destaca que su “método”:

No pretende encontrar una ley oculta, un origen recubierto que sólo habría que liberar; no pretende tampoco establecer por sí mismo, y a partir de sí mismo, la teoría general de la cual esos discursos serían los modelos concretos. Se trata de desplegar una dispersión, que no se puede jamás reducir a un sistema único de diferencias, un desparramamiento que no responde a unos ejes absolutos de referencia; se trata de operar un descenramiento, que no deja privilegio a ningún centro (Foucault, 1970: 266).

De este modo, como señalan diferentes autores (Escolar, 2004; Howarth, 2010), no existe una ruptura teórica y epistémica con la etapa genealógica, sino más bien puntos de ataque diferentes en cada momento histórico.

¹⁷ Así, Lévi Strauss (1968) concluye *Antropología estructural* citando a Marx, para criticar el “abstencionismo” y recuperar el “doble aspecto teórico y práctico” de la antropología, frente al “mundo enfermo y angustiado en que vivimos” (Op. cit., pp. 343-344).

Lacan, de un modo similar, desde sus primeros textos no dejó de reconocer la primacía del significante sobre el significado (dando vuelta el esquema saussureano) y el papel performativo del discurso, así como la potencialidad subversiva del concepto de lo Real y la historicidad ontológica de lo social (Lacan, 1958, 2003). En sentido inverso, en sus últimos seminarios mantuvo la tesis del sujeto “determinado por el discurso” (Lacan, 2009: 10), de modo tal que, sin desaparecer en su existencia, carecía de autonomía. De este modo, aunque es cierto que las críticas epistemológicas al estructuralismo se radicalizan desde sus textos de finales de los años ’60, en realidad, como bien indica Gómez (2006), no puede hablarse de rupturas entre cada una de las etapas, sino de un encadenamiento entre ellas.¹⁸

Teniendo en cuenta estas apreciaciones, podemos decir que el posicionamiento teórico de los referentes no puede ser reducido a la existencia de una especie de “progreso” meramente cronológico, al acercarse, en diferentes momentos históricos (incluso dentro de un mismo texto), a las características atribuidas a una u otra vertiente. Sin embargo, tampoco podemos dejar de destacar estas reformulaciones históricas que se producen en los principales exponentes teóricos, que coinciden en radicalizar su crítica epistemológica al racionalismo, el determinismo, el universalismo, el objetivismo y el positivismo de las visiones fundacionalistas, y en enfatizar los aspectos más contingentes, subjetivos y particulares. De hecho, al analizar las teorías de Althusser y de Barthes, podemos observar la existencia de una especie de “ruptura epistemológica”, que expresa importantes divergencias conceptuales a nivel socio-histórico.

Algunas contribuciones teórico-metodológicas al debate

Especificando la transición del estructuralismo al post-estructuralismo

Como una respuesta a las problemáticas que hemos destacado, a continuación proponemos incorporar algunas precisiones teórico-metodológicas:

¹⁸ De hecho, ya en su tesis doctoral, de 1932, Lacan criticaba al racionalismo, el universalismo y el cientificismo objetivista, destacando la interpenetración entre el sujeto y el objeto, si bien conservaba residuos del biologicismo freudiano. Además, debemos considerar que el propio “objeto” de análisis del psicoanálisis es el sujeto. En ese marco, se ha sugerido que, antes que de la eliminación del sujeto, Lacan destacaría, en línea con Benveniste (1989), la cuestión de la “subjetividad” producida por el lenguaje (Rome, 2009: 116-122).

a) En primer lugar, proponemos incorporar dos dimensiones tendientes a identificar y caracterizar de una forma más rigurosa la especificidad de los enfoques post-estructuralistas: la dimensión epistemológica y la filosófico-política o ético-política. Estas dos dimensiones no deben ser consideradas como antitéticas, sino que su distinción cumple un criterio analítico.

b) En segundo término, proponemos distinguir al estructuralismo y sus vertientes “post” desde un análisis en base a gradientes o énfasis diferenciales, en relación con cada una de estas dimensiones.

c) Por último, sostenemos que la transición del estructuralismo al post-estructuralismo no se reduce a una cronología positiva.

Mediante estas consideraciones, procuramos diferenciar más nítidamente al post-estructuralismo del estructuralismo, identificando de una forma más rigurosa la transición entre una y otra vertiente. Estos lineamientos, además, nos permiten examinar el posicionamiento de los referentes teóricos, tomando en cuenta las transformaciones sociohistóricas y conceptuales, no meramente cronológicas, que se presentan en los diversos textos (y dentro de ellos) de los propios autores.¹⁹

¹⁹ De este modo, podemos comprender las ambigüedades que se encuentran presentes, incluso, en los textos de de Saussure. Así, aunque reconoce el elemento diacrónico, el lingüista suizo se concentra en el abordaje sincrónico, destacando su “distinción radical”, su “incompatibilidad” y su “oposición absoluta” e “irreductible” con el abordaje temporal, y rechazando la “intervención de la historia, que sólo puede falsear el juicio” (pp. 149-163). En cuanto al segundo problema, si bien reconoce la “arbitrariedad” del signo, criticando a los enfoques “esencialistas” de Port Royal, que “suponen ideas completamente preexistentes a las palabras” (p. 127), y destacando que los signos “no se presentan por sí mismos a nuestra observación” (p. 188), reemplaza el esencialismo del signo sin referente por un nuevo esencialismo que analiza la “verdadera naturaleza del signo” (p. 62), pero enfatizando en sus relaciones sincrónicas. Finalmente, aunque reconoce que la “ley sincrónica” “no está completamente determinada” y no es “imperativa”, sino “precaria”, limitándose a establecer un “orden” y un “principio de regularidad” (pp. 164-165 y 179), deja sin examinar la polisemia y la disputa de y entre los signos, así como los elementos que permiten su transformación histórica. Su perspectiva teórica, en ese sentido, representa la visión más estructurada dentro del estructuralismo.

La dimensión epistemológica

Desde una dimensión epistemológica, podemos distinguir la transición del estructuralismo al post-estructuralismo a partir de una serie de características, que se sintetizan en el rechazo, en diferentes grados, a toda estructura que se encuentra “centrada” y “cerrada”. Ello implica:

a) La crítica a las pretensiones de objetivismo y cientificismo, y el mayor énfasis en el carácter interpretativo, subjetivo, contingente e histórico del conocimiento social.

b) La crítica a las pretensiones de universalismo y el mayor énfasis en el carácter diferencial, limitado y particular del conocimiento social.

c) La radicalización de las críticas al idealismo, el materialismo, el realismo (directo e indirecto) y el funcionalismo y, por lo tanto, a toda noción empirista y racionalista.

d) La crítica a las visiones representacionistas y el énfasis en la dimensión constructiva, transformativa, performativa, polémica, polisémica e iterable del orden simbólico, capaz de reformular las identidades y transformar radicalmente la realidad social.

e) La radicalización de las críticas al sustancialismo y al esencialismo, y el énfasis en la historicidad, relatividad y precariedad de lo social, que permite destacar el carácter de construcción social e histórica de la realidad y su aspecto ontológicamente “dislocado”, “fallado”, “Real”, “descentrado”, “indeterminado”, “contingente”, “indecidible”, “particular”, “precario”, “parcial” y “no todo”.

f) Las críticas al formalismo, la sistematización del conocimiento y el privilegio del orden, la coherencia, la unidad, las continuidades y la racionalidad, y el énfasis en el caos, el desorden, los límites, las incoherencias, las contradicciones, el azar, las diferencias, las discontinuidades, las transformaciones y las rupturas.

g) La radicalización de las críticas al racionalismo y el cientificismo, y el énfasis en los factores subjetivos, irracionales y emotivos y en los límites del conocimiento científico.

h) La profundización de las críticas al optimismo positivista en el progreso evolutivo y lineal de la ciencia.

i) Las críticas al binarismo epistemológico.

Ahora bien, las críticas al racionalismo, la objetividad científica, el universalismo, el empirismo, la teleología y la idea metafísica de un centro, naturaleza, esencia, sustancia o plena presencia inalterable, desarrolladas extensamente por Derrida y Foucault, son compartidas también por la mayor parte de los denominados enfoques posmodernos.²⁰ Además, encuentra semejanzas con otros enfoques posfundacionales, como la semiótica social (Peirce, Benveniste), la epistemología post-empirista (Kuhn, Feyerabend, Quine, Lakatos), el pensamiento complejo (Morin), y la hermenéutica crítica (Ricoeur), para nombrar sólo algunas perspectivas contemporáneas. Es por eso que, para contribuir a un mayor esclarecimiento conceptual, proponemos incorporar una segunda dimensión, de orden filosófico-política.

La dimensión filosófico-política

Desde un plano filosófico-político, podemos identificar la transición del estructuralismo al post-estructuralismo a partir de una serie de características, que se presentan en los referentes teóricos sobre la base de grados diferenciales:

- a) La radicalización de la crítica a toda idea de universalismo y totalitarismo de lo social.
- b) La radicalización de la crítica al esencialismo de las identidades políticas y de la estructuración del orden social.
- c) La radicalización de la crítica al determinismo histórico y al mecanicismo de lo social.
- d) La crítica radicalizada al racionalismo, lo que conduce a una posición menos optimista sobre la racionalidad humana.
- e) La crítica radicalizada a toda concepción positivista y favorable al progreso indefinido, lineal y teleológico, lo que conduce a una posición menos optimista sobre el avance científico y humano.
- f) La crítica al binarismo de las identidades políticas y sociales.
- g) El énfasis en la historicidad, la precariedad y la contingencia del orden social, lo que acentúa la capacidad de transformar históricamente la realidad social.

²⁰ En ese sentido, debemos destacar la influencia en común de Nietzsche y de Heidegger, entre los filósofos franceses de la segunda mitad del siglo XX.

h) El énfasis en la existencia de una pluralidad ontológica de luchas, conflictos, desacuerdos, diferencias, antagonismos y disputas de poder en el seno de la sociedad, lo que acentúa la dimensión conflictiva, antagonica, violenta y polémica de lo social.

i) El énfasis en la relatividad e historicidad de las identidades y la necesidad de respetar las múltiples particularidades y diferencias sociales, culturales y políticas.

j) La postulación de una dislocación o falla estructural, lo que acentúa la apertura potencial a un sujeto político, con relativa autonomía de acción y decisión sobre las fijaciones estructurales.

Las críticas negativizadas, al tiempo que se distinguen de la vocación objetivista y el énfasis sincrónico de la lingüística saussuriana, en su mayoría sólo radicalizan, sobre la base de gradientes, aspectos destacados previamente por algunos trabajos de Lévi Strauss.²¹ En ese marco, entre el estructuralismo y el post-estructuralismo hay más continuidades y superposiciones que rupturas.²²

Por último, cabe destacar que, desde el análisis de los textos de sus referentes, el post-estructuralismo puede ser abordado desde alguna o ambas dimensiones que hemos identificado. En ese sentido, resulta posible identificar, en base a gradientes, las críticas epistemológicas y/o filosófico-políticas que se presentan en cada pensador.

Especificando la distinción analítica entre el post-estructuralismo y el posmodernismo

Hemos presentado herramientas para conceptualizar y distinguir al es-

²¹ Aunque Derrida (1989) le critica a Lévi Strauss (con reservas) su análisis binario, el objetivismo, el formalismo y el excesivo sincronismo, estas críticas no dan cuenta de la complejidad de la obra del antropólogo, que, en todo caso, plantea un menor énfasis en estos aspectos que sus críticos post-estructuralistas. Debemos recordar, en ese sentido, el análisis de los “significantes flotantes” y la relativización del objetivismo, que permiten observar más continuidades que cambios. Para una revalorización del legado de Lévi Strauss al post-estructuralismo, véase de Ípola (2007). Cabe destacar también que, aunque el formalismo se encuentra presente en Lacan y en la arqueología de Foucault, se rechaza la lógica cerrada y objetiva, de modo tal que estos autores radicalizan críticamente a Lévi Strauss.

²² Szabón (2007) destaca, en ese sentido, que los aportes de Lévi Strauss sobre las implicancias éticas del investigador lo convierten en “el verdadero iniciador de la transición al *postes*-estructuralismo, en una época en la que nadie imaginaba la necesidad del prefijo” (Op. cit., p. 59).

tructuralismo del post-estructuralismo. El problema es que las críticas que hemos destacado son compartidas también por otras perspectivas posfundacionales y anti-fundacionales, que hacen hincapié en el aspecto “disociativo” (Marchart, 2009) de lo social. En ese marco, más aún con la herencia nietzscheana en común, se dificulta la distinción entre el post-estructuralismo y los llamados enfoques posmodernos. En ese sentido, algunos referentes de izquierda han señalado las indistinciones entre el post-estructuralismo y el posmodernismo (Borón, 1999; Alonso, 2012). Debido a que entendemos que las visiones posfundacionales de Lacan, Badiou, Laclau, Derrida y Lefort se distinguen, en diversos grados, de los filósofos anti-fundacionales, como Nietzsche, Baudrillard o Lyotard, hemos incorporado, en el plano de la “positividad”, una característica adicional, que se vincula con la mayor visibilidad de un sujeto político (no trascendental), con relativa capacidad autónoma para decidir y actuar sobre las determinaciones estructurales. A partir de la incorporación de esta dimensión ético-político, se acentúa la diferencia parcial con los enfoques posmodernos, que no desarrollan el plano praxístico del sujeto.²³

La distinción analítica entre el post-estructuralismo y las teorías de la acción social

Finalmente, se nos presenta un último problema, que consiste en la existencia de determinadas perspectivas que, como las de Arendt (1996), Ricoeur (2008) o la teoría social de Giddens (1995), cumplen con estas dos premisas y, sin embargo, no han sido catalogadas como post-estructuralistas. Proponemos, en este caso, mantener parcialmente los consensos sedimentados, teniendo en cuenta que estas teorías responden a otras tradiciones de pensamiento más agenciales, que configuran teorías de la acción social. La teoría de los Actos de habla de Austin (1998) responde, por su parte, a la tradición pragmática anglosajona. En ambos casos, se acentúa la autonomía relativa del “agente” o del “actor” (en desmedro del concepto de sujeto), incluyendo un énfasis en sus aspectos “reflexivos”, “racionales” e “intencionales”,

²³ Podríamos señalar también la funcionalidad conservadora de los enfoques posmodernos, teniendo en cuenta las posiciones de derecha de autores como Lyotard. En ese sentido, el post-estructuralismo mantendría cierto dialogismo con la tradición marxista. En esta línea, véase Palti (2005: 29-31 y ss.).

aunque sin asumir una postura idealista o racionalista. Por otra parte, las teorías de la acción social mantienen cierto reducto objetivista, producto de sus vínculos con la tradición comprensivista weberiana y, en algunos casos, del funcionalismo y del marxismo.²⁴

Ello no implica olvidar las importantes (aunque poco destacadas) afinidades e interpenetraciones teóricas y epistemológicas entre estas perspectivas, a las que podemos sumar el pragmatismo semiótico de Peirce.²⁵ En ese sentido, debemos recordar que uno de los referentes centrales del post-estructuralismo, Martin Heidegger (1991), ha sido el precursor de la fenomenología existencialista, que ha influido también a autores como Giddens. La escuela francesa, de hecho, se ha nutrido de elementos conceptuales provenientes de diversas tradiciones que van más allá de la herencia estructuralista, incluyendo las vertientes alemanas del kantismo (Kant), la dialéctica (Hegel), la hermenéutica (Arendt), la fenomenología trascendental (Husserl) y el marxismo (Marx, Gramsci, Lenin), junto a otras anglosajonas, como el pragmatismo (Austin, Searle) y la filosofía post-analítica (Wittgenstein), e incluso italianas, como el humanismo republicano de Maquiavelo, y rusas, como la semiótica social de Bajtín. De un modo inverso, la “teoría de la estructuración” de Giddens también ha asumido aspectos complementarios y afines al post-estructuralismo, en particular con la crítica a la estructura cerrada del funcionalismo y el énfasis en la concepción “productiva” y relacional del poder, de fuerte impronta foucaultiana (Giddens, 1995). En cuanto al pragmatismo anglosajón, comparte la crítica constructivista al fundacionalismo, aunque referentes post-estructuralistas como Derrida (2003: 364) han rechazado el excesivo énfasis en el aspecto intencional del sujeto.

Tomando como base las especificidades que hemos indicado, a continuación analizaremos el debate en torno al sujeto político, concentrándonos en la teoría política de quien ha sido, sin dudas, uno de los referentes más innovadores dentro del post-estructuralismo: Ernesto Laclau. En ese marco, identificare-

²⁴ Esto explica, además, por qué autores como Bourdieu, y en menor medida Žižek, se encuentran en una posición íntima con el post-estructuralismo. La concepción más cercana, en ese sentido, entendemos que corresponde a la teoría de la estructuración de Giddens.

²⁵ Sobre sus notables vínculos epistemológicos con la teoría del sujeto de Lacan, véase Rome (2009).

mos una serie de etapas en su obra, para luego analizar los puntos en común, las innovaciones y las rupturas frente al estructuralismo y el post-estructuralismo.²⁶

El debate teórico y filosófico en torno al sujeto político

Históricamente se creyó en la existencia de algún tipo de fundamento, ser, sustancia o esencia ontológica, ya sea definido como Dios, la Razón, el Hombre, el Espíritu, la Ciencia, la Clase Obrera, la Naturaleza o el Libre Mercado. Estas ideas trascendentales conducirían hacia la construcción de una ciencia racional del orden, al progreso evolutivo, a la liberación y plena felicidad del individuo-sujeto-hombre, o bien hacia la plena igualdad, libertad y emancipación humana, con la consecuente eliminación de los conflictos y antagonismos políticos.

Luego de las profundas críticas a la ontología del ser y el esencialismo de lo social, desarrolladas por Nietzsche (1996), Freud (1979) y Heidegger (1991), hacia mediados del siglo XX se produjo un “giro lingüístico”, que profundizó la crítica a las concepciones fundacionales y deterministas, ya sea racionalistas e hiper-subjetivistas (idealistas, humanistas, fenomenológicas trascendentales), o bien empiristas y objetivistas (positivistas, funcionalistas, realistas).²⁷ Esta crítica incluyó desde los aportes de la contextualización del

²⁶ Frente a la imposibilidad de analizar su extensa obra, nos concentraremos en los textos más importantes de Laclau.

²⁷ En su detallado análisis arqueológico de las Ciencias Humanas, Foucault (2008) analiza estas transformaciones históricas en la “episteme”, desde la transparencia de la época clásica hasta los cambios en el siglo XX. Señala, en ese marco, el paso desde la concepción epistemológica esencialista del Renacimiento, a la matematización (mathesis) de los siglos XVI-XVIII, y las transformaciones que se inician a finales de los siglos XVIII y XIX, que ponen en cuestión la concepción “transparente” y “representativa” del lenguaje, y comienzan a vincular la objetivación de lo social con su aspecto relacional u “organizacional”, a partir de su vinculación con una serie de elementos estructurales que trascienden al hombre (básicamente, la finitud de la vida, la necesidad del trabajo y la determinación del lenguaje), pero que también, en cierta forma, lo historizan. En ese marco, la reformulación que la dimensión del tiempo impone a la biología, la economía clásica y la filología, sienta las bases para el desarrollo del psicoanálisis freudiano, y para la estructuración de las dos corrientes dominantes del siglo XX: la fenomenología de Husserl (luego reformulada por Heidegger) y el estructuralismo lingüístico de Saussure (luego reformulado por Lévi Strauss). El problema es que, pese a complejizar lo social, estas perspectivas se mantienen en una visión de complejidad “simple”, que continúa deseando construir un (imposible) orden racional y universal de lo social.

lenguaje en su uso práctico (Wittgenstein, 1988), la pragmática de los “Actos de habla” y la función performativa del lenguaje (Austin, 1998), la polifonía de la enunciación (Bajtín, 1982), la dimensión simbólica, deseante, gozosa e inconsciente del sujeto y los límites de lo Real (Lacan, 1971-1972, 2008), las “aporías”, la “iterabilidad” y el “suplemento” (Derrida, 1989, 1997, 2003), la dimensión política de lo social (Foucault, 1992) y las “consecuencias no intencionales” y las “condiciones no reconocidas” de la acción social (Giddens, 1995), entre otras críticas que se extendieron hacia los enfoques post-empiristas, pragmáticos, culturalistas, socio-semióticos, posmodernos y posmarxistas.

El problema de la autonomía del sujeto político en los enfoques posmodernos y (post)estructuralistas

En las últimas décadas se produjo una profunda crítica a los valores estructurantes de la Modernidad. El problema es que, en gran parte de sus pensadores más importantes, la oposición al universalismo, el objetivismo, el racionalismo y el determinismo ha sido tan extrema, que los han llevado a priorizar en demasía lo que Heidegger, una de sus principales fuentes de inspiración, llamaba la “diferencia ontológica” (Marchart, 2009). Esta lógica centrada en la negatividad conducirá a una reducción del sujeto hasta hacerlo casi desaparecer a nivel político. En ese marco, se ha relegado o abandonado la construcción de teorías políticas que permitan edificar una “positividad” que logre trascender la mera “negatividad” a los universales concretos de la modernidad capitalista. En los términos gramscianos, podemos decir que estas filosofías críticas no lograron edificar una contra-hegemonía, aportando herramientas para la construcción de una “voluntad colectiva” alternativa (Gramsci, 1984). En ese contexto, pese a reconocer las fallas de la estructura y las formas de subjetividad humana, no han profundizado en la construcción de estrategias para traducir los aportes de la crítica teórica y epistemológica en la dinámica histórico-política.

Mientras que Foucault (2003) no explicará cómo oponerse concretamente al “poder” que lo “disciplina”, más allá de la capacidad del sujeto de “resistir”, Derrida (1995) no desarrollará las condiciones y cualidades para la emergencia del “espectro” de Marx, y el “último” Althusser mantendrá una concepción “sin sujeto” (Althusser, 2002: 50). De este modo, no se alejarán en demasía del “heteromorfismo de los juegos del lenguaje” de Lyotard

(1992: 110-119), la “fuga rizomática” de Deleuze y Guattari (1996) o la defensa de las diversidades identitarias de Vattimo (2000). Como consecuencia de ello, quedará sin plantearse una alternativa que recupere al sujeto en su accionar político y estratégico, más allá de la aceptación de las relaciones de poder como constitutivas, la exaltación del juego de las diferencias y la imposibilidad de la objetividad y la plena universalización.

En otros pensadores post-estructuralistas, sin embargo, se produjeron algunos avances para contribuir a la construcción de una contra-hegemonía. En ese marco, Lefort (1990) ha recuperado la dimensión social de los Derechos Humanos como núcleo articulador. Badiou (2007a, 2007b), por su parte, ha destacado la potencialidad de algunos conceptos lacanianos para construir “acontecimientos” signados por la aceptación ontológica de lo Real, mientras que Mouffe (1999) ha propuesto una articulación política “agonista” o adversarial, y Ranciere (1996, 2007) valorizó la “igualdad” como un postulado regulativo, ligado al ideal arendtiano del “vivir juntos”.²⁸

El problema es que, pese a oponerse al anti-fundacionalismo, y de dialogar críticamente con la herencia marxista, la mayor parte de los autores post-estructuralistas no profundizaron en la praxis política del sujeto, elaborando algún tipo de alternativa de acción y articulación política y social.²⁹ En ese contexto, pese a criticar al totalitarismo, se mantendrá la clásica lógica binaria, centrada en la existencia de un “casillero vacío”, un “cuadro vacío” o una “casilla vacía”, en perpetuo desplazamiento, que ningún sujeto podía llenar (Deleuze, 1982; Lefort, 1990). Aunque se señalarán aspectos vinculados al poder arbitrario y violento de toda decisión, la lógica suplementaria e iterable de la representación y la necesidad de una ética crítica basada en el “no todo”, la construcción teórica y política de alternativas contará con escasos desarrollos conceptuales.

²⁸ Sobre las concepciones de estos pensadores, véanse Palti (2005) y Marchart (2009).

²⁹ La única excepción dentro del campo posfundacional (excluyendo a Mouffe y a los ambiguos Bourdieu y Žižek) corresponde a los análisis de Stuart Hall, que integran elementos del culturalismo marxista de Williams y de Thompson con el estructuralismo de Lévi Strauss, la semiótica y el psicoanálisis laciano. Hall (2006), en ese marco, realiza una síntesis que recupera la importancia de la disputa cultural de Gramsci, la cuestión del poder de Foucault y los aspectos estructurales de Lévi Strauss, pensando en una relación compleja entre lo cultural y lo económico, para la construcción de hegemonías.

Ernesto Laclau y la cuestión del sujeto, en diálogo con el post-estructuralismo

La obra escrita de Ernesto Laclau se desarrolló desde los años '70, como una alternativa “heterodoxa” a la creciente burocratización del socialismo “realmente existente”, las contradicciones del Estado Benefactor y los límites de la democracia (neo)liberal. En ese marco, como otros referentes post-estructuralistas, Laclau presenta una larga tradición de militancia política y, desde sus primeros textos, no ha dejado de dialogar críticamente con el marxismo y sus derivaciones (Laclau, 1978, 1985, 1991; Laclau y Mouffé, 1987). Entre los análisis que han examinado su teoría del sujeto, se han destacado sus antecedentes histórico-políticos en el campo de la izquierda nacional (Critchley y Marchart, 2008) y sus diálogos tensionados con el marxismo (Palti, 2005). Sin embargo, una porción de los analistas que examinaron su teoría política se han centrado en la concepción desarrollada en *Hegemonía y estrategia socialista*, acusando a Laclau de asumir una visión “posmodernista”, en la que el sujeto “no es político, sino gramatical” y carece de autonomía (Valentine, 2000: 208-209; Rusconi, 2001). En otros casos, el eje se ubicó en sus aportes de comienzos de los años '90, con el desarrollo del concepto derridiano de decisión (de Ípola, 2001; Hillis Miller, 2008). Finalmente, una pluralidad de análisis examinó su más reciente teoría discursiva del populismo, y destacó sus problemas y potencialidades conceptuales y epistemológicas (Retamozo, 2006; Ardití, 2010). En ese marco, la mayor parte de los trabajos se concentraron en sólo uno, o a lo sumo dos, textos centrales del autor, sin registrar las variaciones teóricas y temporales. Precisamente, un análisis más profundo y sistemático de su extensa obra nos permite identificar y delimitar diferentes etapas sobre la cuestión del sujeto político.³⁰ A grandes rasgos, podemos distinguir cinco etapas diferenciales, no meramente cronológicas, cada una de las cuales será examinada a continuación, en diálogo con los enfoques estructuralistas y sus derivas post-estructuralistas.³¹

³⁰ Como señala Foucault (1970: 37), “la obra no puede considerarse ni como unidad inmediata, ni como una unidad cierta, ni como una unidad homogénea”. En ese marco, la existencia de contradicciones y transformaciones permiten reafirmar las limitaciones del sujeto omnipresente y puramente racional, tal como lo entiende el pensamiento positivista.

³¹ Nos concentraremos en sus trabajos más conocidos y difundidos en español, desde su li-

Etapas 1. Estructuralismo neo-marxista: el sujeto político como efecto interpelatorio

En una primera etapa, que podemos extender desde su primer libro, de 1977 (publicado en español en 1978), hasta su texto fundacional del posmarxismo, de 1985 (1987 en español, con Chantal Mouffe), Laclau (1978) asumía una concepción del sujeto político que se asemejaba, en gran medida, al enfoque estructuralista del marxismo no ortodoxo. En ese entonces partía de la base, como Althusser (1988), de quien retomaba algunos conceptos clave vinculados a la interpelación ideológica, de un sujeto que era “interpelado” por la “ideología” para constituirse en Sujeto, aunque se hallaba “sujetado” a las interpelaciones y determinado, “en última instancia”, por la economía. En ese sentido, Laclau colocaba el eje en el fenómeno del populismo latinoamericano, aunque entendiéndolo, desde una visión marxista heterodoxa, como una oposición sintética al “bloque de poder” de los sectores dominantes (Laclau, 1978).

Etapas 2. Inicios del (post)estructuralismo post-marxista: el sujeto político como posición de sujeto

A partir de *Hegemonía y estrategia socialista*, suele señalarse que se inicia en Laclau la etapa fundacional de lo que se conoce como el post-marxismo. Desde entonces, bajo la influencia del psicoanálisis lacaniano y la filosofía post-analítica, Laclau dejará a un lado todo resabio de objetivismo, racionalismo, esencialismo y determinismo económico, asumiendo una perspectiva posfundacional.³² En ese marco, las tesis lacanianas sobre el papel constructivo y articulador del orden simbólico, las fallas de toda estructura y la immanencia de los antagonismos, lo conducirán a destacar la “precariedad” y la “contingencia” ontológicas del orden social, trascendiendo los límites del estructuralismo saussureano (Laclau, 1985; Laclau y Mouffe, 1987). La reformulación en clave “post-marxista” de la categoría gramsciana de hegemonía le permitirá, a su vez, subrayar no sólo la polisemia del orden simbólico,

bro inicial (1978) hasta su último texto (2008). En este punto, profundizamos cuestiones analizadas en Fair (2010). Sobre las transformaciones en la teoría del sujeto en Laclau, véanse también los aportes de Aboy Carlés (2001, 2005) y Critchley y Marchart (2008).

³² En realidad, la mayor parte de las críticas teóricas y epistemológicas al marxismo se encuentran desarrolladas en un poco conocido texto del autor, de 1985 (Laclau, 1985).

sino también las disputas de sentido que se producen en torno a las significaciones. En esas circunstancias, Laclau desarrollará una profunda crítica al esencialismo, el objetivismo, el determinismo y el positivismo marxista, que incluirá los “reductos” de los propios Gramsci y Althusser (Laclau y Mouffe, 1987).

Si a nivel epistemológico Laclau se sitúa en esta etapa dentro de un abordaje post-estructuralista, al examinar el plano filosófico-político podemos observar que continúa manteniendo una impronta estructuralista. En ese marco, lejos de asumir un rol activo y autónomo para el sujeto, se referirá a una categoría clave de la arqueología de Foucault (1970: 72), como es la de “posiciones del sujeto”,³³ para señalar que:

Siempre que en este texto utilicemos la categoría de sujeto, lo haremos en el sentido de posiciones de sujeto en el interior de una estructura discursiva. Por tanto, los sujetos no pueden ser el origen de las relaciones sociales, ni siquiera en el sentido limitado de estar dotados de facultades que posibiliten una experiencia (Op. cit., p. 156).

En ese sentido, si bien Laclau le criticará a Foucault (1970) su distinción entre el discurso y las prácticas “no discursivas”,³⁴ retomará gran parte de su construcción teórica, basada en la búsqueda de “regularidades” entre los “objetos” y “conceptos”, aunque a partir de categorías propias. Así, en lugar de objetos y conceptos, se referirá, desde Lacan (2006), a “cadenas de equivalencias” articuladas en torno a ciertos “puntos nodales” que “fijan parcialmente” el significado de lo social, para constituir las “formaciones hegemónicas”.³⁵

³³ Foucault (1970) se refiere al sujeto como “una posición que puede ser ocupada, en ciertas condiciones, por individuos diferentes” (Op. cit., p. 151). La misma noción también se hacía presente, curiosamente, en los primeros seminarios de Lacan, para referirse al “Estadio del espejo” (véase Lacan, 1982: 191), lo que nos muestra la influencia compartida del enfoque foucaultiano. Cabe destacar que algunos autores señalan el énfasis “posicional” como un elemento típico del estructuralismo (véase Deleuze, 1982).

³⁴ Desde la visión de Laclau (1985, 1987), toda práctica se estructura sobre la base del orden simbólico, que le otorga una significación y, por tanto, impide realizar una separación estricta entre discurso y práctica social.

³⁵ Agradezco a Javier Balsa por haberme hecho notar estas similitudes entre el texto de

En el marco de la influencia foucaultiana, y bajo la crítica radical al esencialismo de las identidades, el sujeto político será definido a partir de su ubicación en una “pluralidad de posiciones de sujeto” (Laclau y Mouffe, 1987: 35 y ss.). Estas posiciones le permiten ocupar una multiplicidad de espacios diferenciales en la estructura -esto es, puede plantear antagonismos de tipo ético, cultural, de género, por los derechos humanos, civiles, etc.-, de acuerdo a las luchas sociales que se presentan en la dinámica política. La influencia gramsciana, sin embargo, lo conducirá a resaltar el papel clave de la “articulación” y de la “lucha hegemónica”. En ese sentido, asumiendo una concepción “post-marxista”, afín al marxismo humanista italiano (Coletti, Della Volpe), Laclau destacará la necesidad de construir una “estrategia socialista” (Laclau, 1985: 19), planteando la “democratización” y “humanización” de una multiplicidad de relaciones sociales, no puramente económicas (Laclau y Mouffe, 1987). Sin embargo, en esta etapa Laclau no logrará elaborar una teoría política definida que permita autonomizar al sujeto, más allá de entenderlo como una posición no determinada por ningún fundamento último.

Etapas 3. Primera reformulación del (post)estructuralismo postmarxista: la dislocación y el sujeto político como decisión suplementaria que llena míticamente la falta

A partir del trabajo *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, de 1990 (NR, publicado en español en 1993), comenzará en Laclau una tercera etapa, que reformulará parcialmente su teoría, profundizando su transición al post-estructuralismo. En el plano epistemológico, el concepto de “dislocación”, como análogo de lo Real lacaniano, le permitirá radicalizar la historicidad de lo social. Desde el plano filosófico-político, se destaca la incorporación de algunos conceptos de la desconstrucción derridiana, como la “indecidibilidad” y el poder arbitrario y “violento” de toda decisión. Derrida afirmaba que, en un contexto de ausencia de todo “centro”, se torna crucial la “decisión” política, ese instante de “locura” kierkegaardiana que permite añadir a la mítica presencia un “plus” o “suplemento” de la representación (Derrida, 1997, 2003). Estos aportes tuvieron importantes implicancias en la teoría de la hegemonía. En efecto, a partir de esta “radical indecidibilidad” de

Laclau y Mouffe y la *Arqueología del saber* de Foucault.

toda estructura, el pensador argentino destacará la posibilidad de “suturar” la “falla estructural” o el orden ausente, mediante la decisión “suplementaria”. Ello le permitirá expresar la emergencia óptica del sujeto político, a partir del “plus” que adiciona la re-presentación a lo re-presentado (Laclau, 1993).

Sin embargo, en esta etapa Laclau se mantiene en los márgenes para construir un abordaje del sujeto como ente (relativamente) autónomo de las determinaciones estructurales. Así, en “Desconstrucción, pragmatismo, hegemonía” (publicado en inglés en 1996, y en español dos años después), continuaba defendiendo el “método” de la deconstrucción derridiana (Laclau, 2005a),³⁶ y definiendo al sujeto a partir del momento mítico de la “decisión” política, frente a la “indecidibilidad constitutiva”. En ese contexto, afirmaba que:

Este momento de decisión como algo abandonado a sí mismo, e incapaz de proveer sus bases a través de ningún sistema de reglas que se trasciendan a sí mismas, es el momento del sujeto (Laclau, 2005a: 112).

Aunque por momentos Laclau complementaba la decisión mítica con una serie de condicionamientos económicos, culturales e institucionales, que lo hacían posible, y hasta se refería a la capacidad del sujeto de presentar cierta racionalidad relativa (Laclau, 1993), el orden dislocado sólo podía suturarse de forma simbólica mediante el poder performativo del instante mítico de la decisión política.

Etapa 4. Segunda reformulación del (post)estructuralismo post-marxista: el rol universalizador del “significante vacío” y la “emergencia del sujeto”

Con la publicación del libro *Emancipación y diferencia* (editado en español en 1996), Laclau profundiza la crítica al estructuralismo saussureano,

³⁶ En esta etapa, Laclau (1993) incorpora, además, algunas categorías de la fenomenología trascendental, refiriéndose a la capacidad del sujeto de “reactivar” lo social “sedimentado”, en un contexto de “indecidibilidad” de lo social. Se ha destacado, en ese sentido, que la teoría de Laclau incorpora en esta etapa “una noción de la acción como principio gnoseológico básico de lo social”. Sin embargo, como señala Aboy Carlés, se trata de una especie de “acción sin sujeto”, en tanto “fuente autónoma de sentido” (Aboy Carlés, 2005: 118). Sobre el particular, véanse también los aportes de de Ípola (2001).

articulando más fuertemente los aportes gramscianos con el marco teórico derridiano y lacaniano. En ese contexto, en el famoso texto “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, el historiador argentino elabora más detenidamente su teoría discursiva de las identidades políticas. El concepto de “significante vacío” se configura como central, al ser definido como aquel elemento particular que permite trascender simbólicamente su particularidad, para hegemonizar el “orden ausente” (Laclau, 1996: 69 y ss.).

A nivel filosófico-político, Laclau incorpora una crítica radical a los enfoques posmodernos y multiculturalistas, basados en la pura promoción de las diferencias y particularidades, al tiempo que profundiza el rechazo a las visiones universalistas. En ese marco, destaca la necesidad de constituir una visión política alternativa, contraponiendo a la tesis foucaultiana de la “muerte del sujeto”, “la muerte de la muerte del sujeto”, para luego referirse a la “reemergencia del sujeto como resultado de su propia muerte” (Laclau, 1996: 45). Laclau también enfatiza en esta etapa la doble dimensión de todo proceso de representación política, indicando que es tanto “descendente” como “ascendente”. Sin embargo, el sujeto político continuará inmerso dentro de una concepción restringida a nivel óptico. De este modo, en consonancia con etapas anteriores, sostendrá que “la cuestión (del sujeto) no puede ser resuelta sobre la base del simple subterfugio de un sujeto que rearticularía en torno a su proyecto los elementos dispersos de una estructura dislocada” (Laclau, 1996: 160-161).

Etapas 5. Tercera reformulación del post-estructuralismo: el líder populista como eje articulador y expresión política del sujeto parcial

A partir del libro colectivo *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (junto con Butler y Žižek, publicado en español en el 2003), y sobre todo con el controvertido *La razón populista* (2005), es posible identificar una última etapa en la obra de Laclau, que permite ubicarlo como una de las variantes más “heterodoxas” del post-estructuralismo francés. Dos son los aspectos centrales de esta etapa:

a) La extensión del uso de herramientas del psicoanálisis lacaniano aplicadas al análisis político.

b) La reformulación del concepto de populismo y la incorporación de la categoría de sujeto popular como sujeto parcial re-articulador de demandas sociales.

En relación con las contribuciones del psicoanálisis lacaniano, en esta etapa Laclau destaca el papel de lo Real como un límite “éxtimo” de toda hegemonía, lo que le permite profundizar los límites estructurales de toda hegemonía³⁷ (Laclau, 2003b). A su vez, subraya, desde Copjec (2006), las formas de identificación catexiales en torno a los liderazgos políticos y el papel del “objeto parcial”, como una forma de universalización particular similar a la forma hegemónica (Laclau, 2005b). De este modo, Laclau logra trascender las limitaciones de los enfoques puramente racionalistas de la Ciencia Política, resaltando la dimensión afectiva de la hegemonía.³⁸

La segunda reformulación proviene de la re-elaboración de la teoría del populismo, desconstruido en clave formalista y posfundacional.³⁹ Lo que afirmará Laclau en esta etapa, y continuará en textos más recientes (Laclau, 2006b, 2008), es que el análisis político debe partir, ya no de una “pluralidad” de “elementos” que se articulan en torno a “puntos nodales” (Laclau y Mouffe, 1987), ni tampoco de un “sujeto mítico” que es fuente de una decisión “indecidible” (Laclau, 1993, 2005a), sino de la noción básica de “demanda”. De este modo, el eje se ubica en cierta autonomía “ascendente” (de abajo hacia arriba) de los sectores representados o interpelados, cuyas demandas sociales resultan claves. Como segundo paso, Laclau incorpora a su esquema la idea de un sujeto popular o “populista”, entendido como una figura o

³⁷ La aplicación al análisis político de la categoría de lo Real se inicia en etapas previas de la obra de Laclau, pero, en ese entonces, el autor confundía el término con el de “antagonismo”, olvidando que se trata de una dimensión más estructural, a la que luego definirá como “dislocación” (Laclau, 1993). En su última etapa, lo redefinirá como “heterogeneidad social” (Laclau, 2005b).

³⁸ Al mismo tiempo, Laclau ignora o relega notablemente otros conceptos clave, como el goce y el plus de goce, la concepción del nudo borromeo y la teoría de los cuatro discursos. Este déficit le ha impedido el desarrollo de una teoría más compleja del accionar del sujeto político y de sus límites. Sobre la relación entre el psicoanálisis lacaniano y la teoría política de Laclau, véase Stavrakakis (2010).

³⁹ En su texto de 1977, el populismo era pensado desde una visión fundacional (véase Laclau, 1978).

“individualidad” (Laclau, 2005b: 130). Este “sujeto popular” (Laclau, 2009: 64), identificado con el líder político, se encarga de unificar políticamente a la sociedad mediante la re-articulación “equivalencial” de las “demandas sociales insatisfechas” del “pueblo”.⁴⁰

Mediante estas consideraciones, Laclau logra distinguirse de otras versiones post-estructuralistas, como las de Derrida (1989) o Lefort (1990), planteando una complejización del proceso de representación política de lo social, que autonomiza el papel de los representados. En efecto, profundizando lo señalado en textos previos (Laclau, 1993, 1996), en esta etapa el líder, más allá de su papel constituyente, debe “representar efectivamente” a los representados, por lo que “no puede volverse totalmente autónomo de ellos” (Laclau, 2005b: 205). En sus palabras, el líder debe “respetar la voluntad de los representados” (Laclau, 2005b: 207). En ese sentido, se destaca la importancia de tomar en cuenta, como “unidad de análisis” básica, las demandas sociales insatisfechas del “pueblo”, entendido como “los de abajo”. De este modo, Laclau adopta implícitamente una visión neo-jacobina, que retoma la tesis rousseauiana de la soberanía popular y el reconocimiento de la inevitabilidad de determinadas formas de representación política, e incluso incorpora la “contraposición” que plantea Maquiavelo (1987: 39) entre el “pueblo” y los “poderosos”, aunque resaltando en mayor medida el carácter formativo de los liderazgos políticos, quienes necesariamente incorporan un “plus” a lo representado.

Como consecuencia de estas contribuciones, emparentadas con los aportes del socialismo democrático italiano, Laclau elabora el germen de una teoría posfundacional de la política democrática, sobre la base de un sujeto popular que logra articular lo social, satisfaciendo e integrando las demandas societales hasta entonces no reconocidas o ignoradas por el orden dominante.⁴¹ La presencia de este sujeto político (con minúscula) contrasta tanto con

⁴⁰ Según Laclau (2005b), para que se produzca la emergencia de un discurso “populista” deben producirse tres condiciones: la división del campo social en dos partes antagónicas, la apelación discursiva al “pueblo” y la articulación equivalencial de las demandas sociales insatisfechas. Propone también la opción de una construcción política “institucionalista”, que articula las demandas sociales desde una lógica “diferencial” y “aislada”, sin apelar al “pueblo”, ni dividir el campo social en dos partes antagónicas.

⁴¹ Cabe destacar que no se trata de demandas preexistentes, ya que el líder siempre refor-

la visión posicional foucaultiana, como con la visión lacaniano-derridiana del sujeto mítico, que lo limitaba a una cuasi-determinación del orden simbólico.⁴² En palabras de Laclau, ahora:

No tenemos simplemente posiciones de sujetos dentro de la estructura, sino también al sujeto como un intento de llenar esas brechas estructurales (Laclau, 2003a: 63, 2005b: 85).

El reconocimiento de la doble capacidad decisoria y articuladora del líder popular presenta, sin embargo, una relación problemática con la tradición rousseauiana-jacobina. En efecto, pese a las críticas a la visión hegemónica sobre el populismo y su clásica asociación despectiva con la plebe,⁴³ Laclau no profundiza en la autonomía de las masas populares para participar de forma activa, autónoma y horizontal, y para expresar racionalmente sus demandas. De hecho, parece reducir el vínculo representativo a ligazones meramente afectivas (catexiales) entre el líder y la masa.⁴⁴ De este modo, se produce una tensión potencial entre el postulado de la soberanía en manos del Pueblo y la existencia inevitable de ciertas formas de representación política, donde la decisión final sobre el destino de los asuntos públicos, como en el decisionismo schmittiano, parece hallarse en manos del líder.⁴⁵ No obstante

mula, y hasta puede “crear” nuevas demandas a ser satisfechas. Tampoco se puede hablar de una satisfacción “completa” de las demandas (Laclau, 2005b).

⁴² Aunque el significant “vacío” permite articular lo social, Laclau (2005b) destaca que el líder es aquel que unifica el orden comunitario “en última instancia”, sin confundir la función del líder con el fundamento de esa articulación. En ese marco, Laclau destaca en algunos de sus trabajos recientes de qué modo el chavismo representa este tipo de liderazgo “populista” que se articula en torno a un líder popular que satisface las demandas sociales hasta entonces insatisfechas (recuérdese la lógica elitista y burocrática que dominaba en Venezuela hasta 1999) (Laclau, 2006a: 60-61). Del mismo modo, en la Argentina previa a 1945 existía también una situación de demandas sociales insatisfechas para los sectores populares. En ese contexto, la emergencia del liderazgo populista de Perón logra condensar a múltiples sectores sociales hasta entonces excluidos del sistema político (Laclau, 2006b: 116 y ss.).

⁴³ Una crítica que también encuentra a Maquiavelo (1987) como antecedente, cuando señala que “el gobierno del pueblo es mejor que el de los Príncipes” (Op. cit., p. 170).

⁴⁴ Este punto ha sido destacado por Javier Balsa en una conversación personal.

⁴⁵ Cabe destacar, en ese marco, ciertas similitudes de la noción de antagonismo con la idea

estas limitaciones, que tampoco avanzan en el aspecto sustantivo del sujeto, debemos reconocer los aportes de esta concepción del sujeto parcial, que permiten posicionar a la teoría del populismo de Laclau, en articulación con las contribuciones de sus textos iniciales, como uno de los más exponentes más radicales del post-estructuralismo.

Las reformulaciones e innovaciones de la teoría de Laclau frente a la tradición (post)estructuralista

Como vimos, en la perspectiva de Laclau no existe ninguna lógica trascendental o determinista que pueda totalizar el espacio social. Sin embargo, diferenciándose de los enfoques anti-fundacionales, y de gran parte de los análisis posfundacionales, el teórico argentino se concentra en el desarrollo del plano asociativo o articulario. Así, la crítica a los intentos de universalización, determinación y totalización, no conducen a Laclau a afirmar la primacía inversa. Por el contrario, una de las particularidades de su obra es que profundiza la capacidad agentiva del sujeto. En ese marco, Laclau innova con una serie de reformulaciones conceptuales del post-estructuralismo, desde el momento en que:

a) Incorpora a la teoría política contemporánea el abordaje del concepto gramsciano de hegemonía en clave posfundacional, integrándolo con el concepto de significante vacío y con la noción de lo Real lacaniano, al tiempo que enfatiza sus potencialidades para el análisis político.

b) Integra algunas herramientas de la tradición marxista, como la recuperación de la praxis social transformadora, el rechazo a las formas de “explotación” y “opresión” del capitalismo y la lucha hegemónica tendiente a la “emancipación” humana.

de Schmitt (1987) de lo político como la distinción “Amigo”-“Enemigo”, su revalorización de los liderazgos políticos que toman decisiones en desmedro de las instituciones representativas y su consecuente relegamiento del componente liberal-republicano, y la crítica a las formas de despolitización tecnocrática. No obstante, el pensador alemán presentaba una visión más conservadora y reaccionaria, frente a la militancia política en la izquierda nacional y el énfasis socialista de Laclau. Además, en Schmitt la distinción “Amigo-Enemigo” es existencial, mientras que en Laclau es puramente simbólica. Finalmente, Laclau asume una concepción formalista, ajena a la visión schmittiana, y reconoce, en diferentes partes de su obra, el papel de los condicionamientos estructurales, más allá de los factores institucionales.

c) Integra en un mismo esquema nociones provenientes de la teoría política socialista y democrática, el liberalismo político radical y el republicanism humanista, al partir de la base de la tesis rousseauiana de la soberanía popular, emplear el concepto de estrategia política y la contraposición entre el pueblo y el poder de Maquiavelo y promover la defensa de una democracia socialista y neo-humanista, basada en el valor central de la igualdad social, sin olvidar el respeto al pluralismo liberal.

d) Integra de forma interdisciplinaria categorías provenientes de la retórica, la filosofía postanalítica, la pragmática, la fenomenología y el psicoanálisis, y las reconduce a la teoría política y el análisis político.

e) Incorpora una novedosa teoría discursiva del populismo, que profundiza en el poder decisorio, la capacidad representativa y el rol relativamente autónomo del líder, sin dejar a un lado sus interacciones con las demandas sociales de los representados, las formas autónomas de participación social y las movilizaciones populares ajenas al marco institucional del liberalismo.

f) Desarrolla una ontología política de lo social, que destaca el aspecto inherente de los antagonismos sociales, la forma hegemónica de la política, la lógica de construcción discursiva del populismo y la ontología del momento político como acto instituyente del orden social.

g) Reconduce algunas críticas teóricas y epistemológicas de la deconstrucción derridiana y el psicoanálisis lacaniano, y ciertos aportes de la fenomenología, al análisis político de la construcción de hegemonías. En ese marco:

- Emplea el concepto derridiano de “exterior discursivo” para destacar el modo de construcción discursiva de las identidades políticas.

- Emplea los conceptos husserlianos de “sedimentación” y de “reactivación” para realizar una doble crítica al objetivismo y el subjetivismo, incorporando la posibilidad de pensar en una objetividad “sedimentada”, “parcial”, “precaria” o “transitoria”, alejada tanto del realismo como del idealismo.

- Aplica el concepto de lo Real lacaniano al análisis político de la construcción de hegemonías, y enfatiza la dimensión afectiva (catexial), lo que le permite destacar las formas de identificación en torno a los liderazgos políticos y los límites históricos de toda formación hegemónica.

Las rupturas de la teoría política de Laclau con la tradición post-estructuralista

Las reformulaciones e innovaciones que hemos señalado, que en algunos casos profundizan aspectos señalados por Lefort (1990) y Derrida (1995, 1997), y reconducen al análisis político aportes de Lacan (1971-1972, 2006, 2008), le permiten a Laclau establecer una doble ruptura teórica y conceptual con el post-estructuralismo. Esta “ruptura de tablero” se sintetiza en dos contribuciones originales:

- 1) El rol de los significantes vacíos en la construcción hegemónica del orden social.
- 2) La existencia de un sujeto político y una objetividad parcial.

Mediante estas contribuciones, Laclau incorpora a la teoría política posfundacional una nueva lógica “parcial” de entender lo social, en clave post-estructuralista y post-gramsciana. De este modo, en consonancia con otras concepciones contemporáneas, como la teoría de la estructuración de Giddens (1995) o la teoría cultural de Bourdieu (2008), Laclau logra trascender de forma compleja las clásicas disyunciones binarias que se inician con la lógica formal aristotélica, y que son moneda corriente en la historia de la filosofía, como las díadas sujeto-objeto, modernidad-posmodernidad, agencia-estructura, particularidad-universalidad, participación-representación, contingencia-necesidad, estrechando vinculaciones con lo que se conoce como el “pensamiento complejo”.⁴⁶ Lo notable es que Laclau desarrolla algunos de los aportes del pensamiento complejo en dirección al análisis político. Ello le permite construir, no sin contratiempos, lo que podemos definir como un *pensamiento político complejo* de lo social.

El pensamiento político complejo de Laclau

El pensamiento complejo asume la existencia de una complejidad ex-

⁴⁶ En realidad, las críticas al binarismo se encuentran desarrolladas tempranamente en Derrida (1989), con fuertes influencias en el pensamiento feminista (Scott, 1992) y la crítica culturalista. También se hacen presentes en Lacan (1971-1972), a partir de los aportes de los post-empiristas, Peirce y Wittgenstein.

tendida de la realidad social y del ser humano. En ese marco, sostiene que se deben articular o “religar” las disciplinas y trascender las clásicas disyunciones binarias de la ciencia (Morin, 1998, 2001). Nuestra hipótesis afirma que la teoría política de Laclau puede ser situada como un pensamiento complejo traducido al análisis político, al romper con las clásicas disyunciones de la Modernidad. A continuación, sintetizaremos las contribuciones que permiten posicionarlo en este campo.

La sedimentación de lo social como superación de la disyunción objetividad-subjetividad

En el plano epistemológico, desde sus textos de los años '80 Laclau se opone tanto a las concepciones realistas como a las idealistas, destacando el aspecto constructivo, social, histórico, material y precario del discurso y de la realidad social (Laclau, 1985; Laclau y Mouffe, 1987). Sin embargo, lejos de asumir un relativismo posmoderno, se inscribe dentro de una perspectiva posfundacional, que logra trascender la clásica díada objetividad-subjetividad. En ese contexto, en NR Laclau afirma que toda objetividad sólo es parcialmente posible, en el marco de una realidad que es construida por el orden simbólico y, por lo tanto, “contingente” y “precaria”. En efecto, lo Real lacaniano, definido como una “dislocación” estructural en el orden social (Laclau, 1993), actúa como un límite ontológico de toda objetividad. No obstante este rechazo al empirismo (Laclau, 2003a: 59), el pensador argentino complejiza las habituales críticas al objetivismo, señalando, a partir de los aportes fenomenológicos de Husserl (retomados, a su vez, por Heidegger), que toda realidad se encuentra “sedimentada” y que, por lo tanto, puede ser siempre “reactivada”. En ese marco, afirma que se pueden alcanzar “objetividades sedimentadas” (Laclau, 1993: 177). En ese sentido, si la sociedad “no existe” como un todo estructurado, lo social es definido como equivalente a lo “sedimentado”, en tanto orden “instituido” que “tiende a asumir la mera forma de una presencia objetiva” (Laclau, 1993: 51). Sin embargo, se trata, necesariamente, de una “objetividad transitoria” (Laclau, 2003a: 54), o una objetivación “precaria” (Laclau, 2005b: 168), al estar amenazada por el acecho de lo Real, que muestra que “la falla es ontológica” (Laclau, 2008: 101). La “reactivación”, en ese sentido, implica “redescubrir, a través de la emergencia de nuevos antagonismos, el carácter contingente de la preten-

dida objetividad” (Laclau, 1993: 51). De modo tal que, con el concepto de sedimentación, y su reverso de reactivación potencial, Laclau logra trascender el relativismo de las perspectivas posmodernas, que rechazan toda posibilidad de objetividad (Laclau, 1996), aunque sin retornar a una perspectiva objetivista o universalista. De ahora en más, se puede pensar, entonces, en una objetividad parcial, ajena a las disyunciones clásicas de la Modernidad.

La forma hegemónica como universalización parcial de la sociedad

Las principales rupturas de la teoría de Laclau se vinculan a los aspectos más filosófico-políticos, que logran superar las díadas tradicionales del pensamiento moderno. En ese marco, el concepto de hegemonía constituye la principal categoría compleja de la teoría política de Laclau, ya que le permite construir una forma discursiva de universalizar las particularidades, sin dejar de representar una particularidad.⁴⁷ Ya desde su texto fundacional, la hegemonía implicaba una forma de “limitación parcial del desorden” (Laclau y Mouffe, 1987: 239), que permitía una “fijación parcial de sentido” (Laclau y Mouffe, 1987: 154). En esta etapa, sin embargo, el eje se ubicaba en la presencia de “puntos nodales”, que posibilitaban constituir un “centro” (Laclau y Mouffe, 1987: 152) y “definir parcialmente identidades relacionales” (Laclau y Mouffe, 1987: 186). En NR, Laclau profundiza la crítica al binarismo, destacando la posibilidad de estructurar un “universalismo relativo”. En ese marco, señala que:

La elección no es entre un relativismo parroquial y un universalismo fundacionalista. De lo que se trata es de construir pragmáticamente un centro hegemónico que articule en torno de sí una serie de discursos y lógicas sociales, y que dé así lugar a un universalismo relativo. La rela-

⁴⁷ Aunque nos hemos referido a una ruptura de tablero de Laclau, debemos reconocer que la concepción del significante vacío de Laclau ya se hallaba presente en Lévi Strauss (1969) y, sobre todo, en la reformulación que realiza Lacan en su Seminario XVII (Lacan, 2006). De hecho, la concepción del nudo borromeo lacaniano es más compleja que la de Laclau, que relega el plano de los imaginarios y, pese a su crítica a las disyunciones binarias, no logra superar del todo los binarismos clásicos del estructuralismo. En ese sentido, el principal aporte parece provenir de su traducción al análisis político de las formaciones hegemónicas.

tividad de este universalismo rompe con la alternativa parroquialismo versus fundacionalismo (Laclau, 1993: 229).

En *Emancipación y diferencia*, Laclau (1996) extiende estos aportes, desarrollando una crítica a las concepciones universalistas (tanto antiguas y medievales como modernas), que históricamente pensaban en la existencia de un fundamento inmanente y necesario de lo social. Al mismo tiempo, rechaza las concepciones ultra-particularistas, incluyendo al multiculturalismo y a los enfoques posmodernos, desde el momento en que enfatizan en la pura defensa de la particularidad diferencial, lo que implica una “simple negación” de todo “fundamento”:

Bajo el rótulo de posmodernidad, [los pensadores críticos de la Modernidad] han dado lugar a la tendencia a sustituirlos por la simple negación de su contenido, lo que implica continuar habitando el terreno intelectual que aquellos rasgos positivos habían delineado. Así, la negación de que haya un fundamento a partir del cual los contenidos sociales obtendrían un sentido preciso, puede ser fácilmente transformada en la afirmación de que la sociedad carece enteramente de sentido: cuestionar la universalidad de los agentes de la transformación histórica conduce, con frecuencia, a la proposición de que toda intervención histórica es igualmente limitada y sin esperanza (Laclau, 1996: 153).

Frente a esta falsa disyuntiva, Laclau destacará la capacidad de universalidad parcial o de “universalización relativa” (Laclau, 1996: 97) del orden. En efecto, como señalará con claridad en *La razón populista*, “entre la encarnación total y la vacuidad total existe una gradación de situaciones que involucran encarnaciones parciales. Y éstas son, precisamente, las formas que toman las prácticas hegemónicas” (Laclau, 2005b: 210).

El rol de los significantes vacíos en la universalidad parcial de lo particular

En el marco del concepto complejo de hegemonía, en *Emancipación y diferencia* Laclau hace hincapié en el rol central de los “significantes vacíos” en la dinámica política. Estos significantes clave tienen la particularidad de

que permiten “encarnar” el “orden comunitario” como “ausencia”, universalizando simbólicamente la particularidad, pero sin dejar de representar una parcialidad. Precisamente, a través de la presencia de los significantes vacíos, la hegemonía logra constituirse como una “universalidad parcial” (Laclau, 1996: 69 y ss.).

Mediante estas contribuciones, que además rompen con la clásica dicotomía necesidad-contingencia, para pensar en una “contingencia necesaria”, Laclau se sitúa nuevamente dentro de un abordaje complejo de lo social, que enfatiza que “hay hegemonía sólo si se supera la clásica dicotomía universalidad-particularidad” (Laclau, 2003b: 209). En ese marco, a partir de los significantes de “vacuidad tendencial”, logra profundizar en el doble movimiento de “universalidad de lo parcial” y “parcialidad de la universalidad” (Laclau, 2005b: 278), instituyendo “una universalidad contaminada por la particularidad” (Laclau, 2003a: 56). De este modo, con la elaboración del concepto mediador de significativo vacío como un significativo que permite hegemonizar el espacio social, Laclau logrará superar la clásica disyunción moderna entre particular y universal, y entre agencia y estructura, al enfatizar en el poder de determinadas palabras clave de “encarnar” lo universal, aunque sin dejar de representar elementos particulares y, por lo tanto, sin perder plenamente su inherente particularidad.

El sujeto parcial como superación compleja de la disyunción agencia-estructura

El debate agencia-estructura presenta largos antecedentes históricos, que cuentan con algunas complejizaciones relevantes provenientes de la teoría social contemporánea (Giddens, 1995; Bourdieu, 2008) y la deconstrucción (Derrida, 1989). En esta línea, ya desde sus primeros textos, Laclau criticaba a las visiones objetivistas, destacando la necesidad de pensar en un “sujeto parcial” (Laclau, 1985) y en los límites estructurales que condicionan su autonomía (Laclau y Mouffe, 1987). En NR, el teórico argentino propondrá una “superación” de la “dialéctica agente-estructura” (Laclau, 1993: 233-234), señalando la necesidad de “deconstruir” la “noción de agente” (Laclau, 1993: 233). Ello lo conducirá a articular el concepto de hegemonía gramsciana con lo Real lacaniano y el concepto husserliano de “reactivación” de lo social. Sin embargo, distinguiéndose de la fenomenología trascendental, esta “re-subje-

tivación” no debía “afirmar la autodeterminación del sujeto”. En otros términos, la recuperación del sujeto no debía efectuarse retornando a “su identidad plena como individuo, al margen de toda determinación social”. Por el contrario, tenía que partir de una deconstrucción, que debe “poner en cuestión a toda (idea de) plenitud” (Laclau, 1993: 221). En palabras de Laclau:

Cuando hablamos de la libertad del individuo para realizar sus capacidades humanas, no entendemos por eso quitar todas las barreras que impidan la expresión de una identidad (potencialmente) plena (Laclau, 1993: 221).

En ese marco, a partir del concepto derridiano de “decisión”, el historiador argentino recuperará el aspecto “parcial” de todo sujeto, frente a las visiones objetivistas que rechazan toda expresión de su autonomía. Y ello en razón de que:

Si por un lado el sujeto no es externo respecto de la estructura, por el otro se autonomiza parcialmente respecto de ésta, en la medida en que él constituye el *locus* de una decisión, que la estructura no determina (Laclau, 1993: 47).

En el capítulo “Universalismo, particularismo y la cuestión de la identidad”, publicado en el libro *Emancipación y diferencia*, Laclau (1996) extiende la crítica al pensamiento binario, destacando que las opciones, en el campo político, no pueden reducirse al “objetivismo esencialista” (ya sea representado por Dios, la Naturaleza, la Ciencia o el Libre Mercado), que asume una concepción determinista de la Historia, que resulta de un “proceso sin sujeto”. Pero tampoco pueden limitarse a un “subjetivismo trascendental” (ya sea constituido por la Razón humana o la Conciencia), o a un mero relativismo cultural, como lo hacen los enfoques posmodernos referidos a la “muerte del sujeto” (Laclau, 1996: 46). En ese marco, criticará el concepto de “posiciones del sujeto”, que “no implicó ir más allá de la problemática de una subjetividad trascendental” (Laclau, 1996: 44), para luego afirmar que, a partir de ahora, debía hablarse de la “muerte de la muerte del sujeto”; esto es, de la “reemergencia del sujeto como resultado de su propia muerte”. Ello implica “la comprensión de que puede haber sujetos, porque el vacío que el

Sujeto tenía que colmar era imposible de ser colmado” (Laclau, 1996: 45).

Este pensamiento político complejo, equidistante del subjetivismo pleno y del objetivismo realista, concluirá con su más reciente teoría discursiva del populismo. En ese marco, la noción de sujeto popular, y el énfasis en el papel del líder como articulador social, le permitirán a Laclau radicalizar la superación del debate agencia-estructura, pensando en un sujeto parcial, capaz de tomar decisiones y realizar interpelaciones, pero también de universalizar simbólicamente, en última instancia, el orden social ausente (Laclau, 2005b).

La “democracia radical y plural” como superación compleja de la doble disyunción democracia-liberalismo-socialismo y estructuralismo-humanismo

Desde su texto fundacional, Laclau asume un pensamiento complejo de la construcción de las identidades políticas, que trasciende su reducción al análisis clasista del marxismo, al destacar la existencia de identidades sociales que se construyen simbólicamente y en ámbitos que exceden a lo económico. En ese marco, otro de los conceptos complejos de Laclau es el de democracia “radical” y “plural” (Laclau y Mouffe, 1987), ya que realiza una novedosa articulación entre aspectos de las tradiciones democrática, liberal y socialista, en clave posfundacional. De este modo, el teórico argentino logra recuperar la dimensión igualitaria, horizontal y participativa de la concepción clásica de la democracia, sin abandonar los aspectos “pluralistas” del liberalismo político. Ello le permite trascender las limitaciones de las vertientes parlamentaristas y meramente procedimentales del liberalismo, sin caer en el autoritarismo y la burocratización de los socialismos “realmente existentes”. Así, mediante la propuesta de construir un “socialismo-democrático-liberal” (Laclau, 1993: 238, 1996: 211), Laclau realiza una compleja síntesis integradora de las tradiciones culturales, en lo que define como un “post-marxismo”. El énfasis en la “humanización” de las relaciones sociales, en clave posfundacional (Laclau y Mouffe, 1987: 197 y ss.), le permite trascender, a su vez, la clásica disyunción entre el estructuralismo y el humanismo (sintetizada en el debate Lévi Strauss-Sartre), sin dejar de situarse en una perspectiva post-estructuralista.

La “emancipación parcial” y la “revolución democrática” como superación compleja de la doble disyunción pluralismo-determinismo y reforma-revolución

En el marco de las críticas al determinismo y al objetivismo de lo social, el pensamiento político complejo de Laclau trasciende la clásica dicotomía entre pluralismo liberal y determinismo marxista. Así, frente a los determinismos económicos del materialismo histórico, el teórico argentino recuperará las tesis sociológicas acerca de la creciente “fragmentación” y “complejización” que caracterizan al “capitalismo avanzado” (Laclau, 1985; Laclau y Mouffe, 1987: 181; Laclau, 1993: 96, 1996: 147). Destacará, además, la creciente “complejización” de las identidades políticas contemporáneas y la necesidad de realizar un “descentramiento” del sujeto y de las formas deterministas y esencialistas, que lo reducen a una identidad clasista y economista. En ese contexto, se referirá a la existencia de “múltiples identidades, no reductibles a las formas de clase y a la posición estructural”, revalorizando las luchas por los derechos humanos, feministas, ecologistas, étnicos, etc. y el respeto a las minorías culturales y a la igualdad (Laclau, 1985; Laclau y Mouffe, 1987). Sin embargo, lejos de caer en un mero pluralismo liberal y multiculturalista, en NR Laclau subrayará las restricciones económicas que impone el modo de producción capitalista para la reproducción social. Además, se referirá a la necesidad de “historizar” el concepto marxista de “clase”, sin rechazar su validez potencial (Laclau, 1993). En trabajos más recientes, Laclau mencionará la necesidad de construir “nuevos proyectos emancipatorios, compatibles con la compleja multiplicidad de diferencias que dan forma al tejido de nuestras sociedades actuales” (Laclau, 2003a: 93), para concluir destacando la necesidad de construir un “sujeto de una cierta emancipación global”, o de una “emancipación parcial” (Laclau, 2003a: 52 y 60). Si articulamos los aportes de sus diferentes etapas, podemos observar que Laclau logrará superar el debate sobre la no emancipación versus la emancipación humana. Finalmente, con el concepto de “revolución democrática” (Laclau y Mouffe, 1987), y la reformulación post-marxista de la hegemonía, trascenderá la clásica disyunción marxista “reforma o revolución”, proponiendo una articulación teórica y política a su vez “socialista”, “democrática”, “radicalizada” y “plural”.

La teoría discursiva del populismo como radicalización del pensamiento político complejo

La doble superación compleja de las disyunciones democracia-liberalismo y populismo- institucionalismo

En *La razón populista*, Laclau recupera la tesis de la “tensión” existente entre la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia (Laclau y Mouffe, 1987), destacando la inexistencia de una contraposición estricta entre el “populismo” y el “institucionalismo”. En ese marco, al referirse al plano óntico, señala que es sólo en base al predominio contextual de alguna de estas dos lógicas en la dinámica política, como se puede determinar si un discurso es institucionalista o populista.⁴⁸ En sus palabras:

Preguntarnos si un movimiento es o no populista es, en realidad, comenzar con la pregunta errónea. Lo que deberíamos preguntarnos es, en cambio, lo siguiente: ¿hasta qué punto es populista un movimiento? Como sabemos, esta pregunta es idéntica a esta otra, ¿hasta qué punto la lógica de la equivalencia domina su discurso? Hemos presentado las prácticas políticas como operando en diversos puntos de un *continuum*, cuyos dos extremos serían, por reducción al absurdo, un discurso institucionalista dominado por una lógica pura de la diferencia y un discurso populista, en el cual la lógica de la equivalencia opera de modo irrestricto. Estos dos extremos son, en realidad, imposibles: la diferencia pura significa una sociedad dominada a tal punto por la administración y por la individualización de las demandas sociales, que ninguna lucha en torno a las fronteras internas, es decir, ninguna política, sería posible; y la equivalencia pura implicaría tal disolución de los vínculos sociales, que la propia noción de demanda social perdería todo sentido (Laclau, 2009: 66-67).

En ese contexto, teniendo en cuenta, a partir del ejemplo del peronismo clásico, que “la ruptura populista se vuelve progresivamente más institucio-

⁴⁸ En este punto, nos distinguimos de algunos trabajos (Arditi, Biglieri) que han señalado que no puede pensarse en gradualidades y en la superación de esta disyunción, desde la teoría de la hegemonía.

nalizada, de manera tal que la lógica diferencial comienza a prevalecer”, Laclau destaca que:

La equivalencia es, claramente, una forma de articular diferencias. Hay, por tanto, entre la equivalencia y la diferencia, una dialéctica compleja, un compromiso inestable. Existe una variedad de situaciones históricas que presuponen la presencia de ambas pero, al mismo tiempo, su tensión (Laclau, 2009: 67).

Ello lo lleva a concluir que:

Un discurso va a ser más o menos populista dependiendo del grado en que sus contenidos son articulados por lógicas equivalenciales. Esto significa que ningún tipo de movimiento político va a estar completamente exento de populismo [...]. El grado de populismo, en ese sentido, dependerá de la profundidad del abismo que separe las alternativas políticas (Laclau, 2009: 68).

En el marco de estas contribuciones, en sus últimos trabajos Laclau profundiza, en un nivel más general, la ruptura con la disyunción entre democracia y liberalismo, desde una concepción posfundacional. En ese sentido, aunque deja a un lado el debate sobre el socialismo, recupera la propuesta de articulación de las tradiciones democráticas, liberales y humanistas, al sostener que:

Es un error pensar que la tradición democrática, con su defensa de la soberanía del pueblo, excluye como cuestión de principio las demandas liberales. Eso sólo podría significar que la identidad del pueblo está definitivamente fijada. Si, por el contrario, la identidad del pueblo sólo se establece a través de cadenas equivalenciales cambiantes, no hay razón para pensar que un populismo que incluye los derechos humanos como uno de sus componentes es excluido *a priori* (Laclau, 2005b: 215-216).

Esta articulación compleja de tradiciones, que profundiza los avances de Lefort (1990) y Mouffe (1999), lo conducen a concluir que, si bien no exis-

te una articulación necesaria entre estas tradiciones, “en algunos momentos, como ocurre frecuentemente en la actualidad en la escena internacional, la defensa de los derechos humanos y de las libertades civiles pueden convertirse en configuraciones totalmente diferentes”, de modo tal que “es sobre esta variedad en la constitución de las identidades populares donde debemos concentrar ahora nuestra atención” (Laclau, 2005b: 216).

El sujeto popular y la superación de la disyunción participación-representación

A diferencia de otros teóricos post-estructuralistas, Laclau no sólo analizó el aspecto “descendente” de la re-presentación del líder hacia los representados, sino también el proceso “ascendente”, que parte de la base de la voluntad de los representados (Laclau, 1993, 1996). En su última etapa, el historiador argentino profundiza estas contribuciones. En ese marco, hace hincapié en la autonomía relativa que adquieren los representados (el “pueblo”) para canalizar democráticamente sus “demandas sociales insatisfechas” hacia el representante político. A su vez, destaca el rol representativo del líder populista, quien debe “efectivamente representarlos” (Laclau, 2005b: 203-205). Si la soberanía reside axialmente en el pueblo, el líder popular debe considerar las demandas sociales insatisfechas de “los de abajo”.⁴⁹ Sin embargo, aunque no necesariamente es el origen de la articulación social, el líder populista actúa como “centro parcial” que universaliza lo social en “última instancia” (Laclau, 2005b: 109). Se produce, así, una especie de interacción compleja (un juego de ida y vuelta) entre la representación política descendente (definido como el plano “vertical” de la política) y la participación y la movilización social (el plano “horizontal”).

Sin embargo, al pensar en el plano óptico, Laclau se pregunta sobre los límites de este planteo, desde el instante en que puede presentarse “una tensión entre el momento de la participación popular y el momento del líder”, e incluso, “el predominio de este último puede llevar a la limitación de aquélla” (La-

⁴⁹ Aquí es donde se puede apreciar la influencia de Maquiavelo (1987, 1998), a partir de la dicotomía del florentino entre el “pueblo” y el “poder”, el rol central del líder político y el énfasis “estratégico” y “contingente” de lo social. De hecho, el propio Laclau (1996) define la obra del pensador italiano como una “teoría del cálculo estratégico al interior de lo social” (Op. cit., p. 150).

clau, 2006b: 60). Como una respuesta a esta tensión, que puede concluir en una “degeneración burocrática del populismo”, Laclau enfatiza la necesidad de que “el momento vertical” de la representación política, vinculado al rol “regulador” e integrador del “Estado” y a la “centralidad del liderazgo”, y el “momento horizontal” de la “movilización” y “participación” social, logren “un cierto punto de integración y de equilibrio”. De este modo, promoviendo la “movilización y auto-organización de sectores previamente excluidos”, el populismo logra construir “una sociedad más justa y democrática” (Laclau, 2006b: 59-61).

Esta dialógica compleja le permite a la teoría de la hegemonía romper con la clásica disyunción binaria del pensamiento moderno entre representación política y participación popular (expresada en el falso debate Hobbes versus Rousseau), para incorporar a la función unificadora una dimensión que en su momento definimos como “legitimadora”. Esta última dimensión podemos redefinirla como “democrático-popular”, en el sentido de que el líder-representante, sin perder de vista su capacidad (per)formativa, debe tener en cuenta y buscar satisfacer las demandas acuciantes del Pueblo (ser “representativo”), y promover la participación social autónoma. De este modo, no sin contratiempos, Laclau logra sortear el problema histórico (avizorado por Rousseau) de la inevitabilidad de las formas de representación política, sin caer en una lógica liberal-conservadora y verticalista, ya sea burocrático-centralista-autoritaria o parlamentaria-formalista.⁵⁰

Conclusiones

En los estudios bibliográficos especializados no se ha distinguido nítidamente entre el estructuralismo y el post-estructuralismo, ni se ha identificado de una forma rigurosa la transición entre ambas vertientes de la escuela francesa. Además, en el momento de posicionar a los referentes teóricos, se acentúan los desacuerdos, potenciados por los planteamientos ambiguos y cambiantes de los propios autores. En este trabajo elaboramos una respuesta a estos problemas, incorporando algunas especificaciones teórico-metodo-

⁵⁰ Ya desde su ruptura de los años '80, Laclau (1985) destacaba el peligro de que el populismo deviniera en una forma burocrática, aunque en ese momento, bajo la influencia gramsciana, se refería a las formas “transformistas” del Estado Benefactor.

lógicas. En ese sentido, propusimos distinguir y examinar dos dimensiones anudadas: la dimensión epistemológica y la filosófico-política. En segundo término, destacamos la necesidad de pensar las diferencias entre el estructuralismo y el post-estructuralismo sobre la base de gradientes diferenciales. Finalmente, resaltamos la necesidad de observar los cambios posicionales en los referentes teóricos, trascendiendo las cronologías positivas.

En relación con la dimensión epistemológica, afirmamos que el post-estructuralismo se caracterizaba por radicalizar, sobre la base de gradientes, las críticas del estructuralismo a la idea de una estructura que se encuentra centrada y cerrada. Ello implicaba profundizar las críticas al cientificismo y a la vocación formalista, objetivista y universalista, así como al racionalismo, el empirismo, el positivismo y el esencialismo. En contraposición, se presentaba un mayor reconocimiento del orden dislocado, fallado, descentrado, no todo, etc., que se asumía como una construcción social e histórica, de carácter contingente, precaria, parcial e indecible, y que limitaba los aspectos racionales y el optimismo sobre el avance progresivo del conocimiento científico. Desde el plano filosófico-político, destacamos la profundización de las críticas al universalismo, el determinismo histórico y la teleología positivista, y el énfasis en las particularidades, la subjetividad política, las incoherencias, las discontinuidades, el azar, las transformaciones históricas y las rupturas. También nos referimos al énfasis en la dimensión polémica, polisémica, iterable y contingente de las identidades políticas y del orden social. Finalmente, para distinguir al post-estructuralismo de los enfoques posmodernos, con los cuales muchas veces se los confunde, destacamos la visibilidad de un sujeto político con relativa (aunque variable) autonomía de acción y decisión sobre las determinaciones estructurales.

A partir de este esquema, en una segunda parte nos concentramos en las características que asumía la teoría política de Ernesto Laclau, uno de los pensadores más innovadores dentro del post-estructuralismo. Colocando el eje en su concepción del sujeto, identificamos cinco etapas teóricas e históricas (aunque no meramente cronológicas) en el transcurso de sus principales textos. En una primera etapa, predominaba una visión estructuralista neomarxista, en la que el sujeto era entendido como un efecto interpelatorio, determinado en última instancia por la base material. En una segunda etapa, con la reformulación del concepto de hegemonía en clave post-gramsciana,

y la incorporación de algunas herramientas del psicoanálisis lacaniano y la filosofía post-analítica, Laclau comenzaba a alejarse del estructuralismo saussureano y abandonaba los reductos esencialistas del marxismo, aunque conservaba una concepción posicional del sujeto, que limitaba su autonomía política. En una tercera etapa, en la década de los '90, Laclau le otorgaría al sujeto político una creciente autonomía de acción y decisión, aunque lo pensaba, al estilo derridiano-lacaniano, como un sujeto mítico que emerge de la falla del orden dislocado para llenar la falta estructural mediante las decisiones contingentes y suplementarias. En la cuarta etapa, se acentúa la transición política al post-estructuralismo, a partir del rol articulador y universalizador de los significantes vacíos. Sin embargo, Laclau no elabora una teoría de la acción que autonomice el papel óptico del sujeto, manteniendo la visión posicional. Finalmente, en una última etapa, durante el transcurso de la década pasada, Laclau innova mediante la reformulación de la teoría discursiva del populismo y la noción del sujeto popular, entendido como un líder político capaz de unificar y re-articular parcialmente las demandas sociales insatisfechas, hegemonizando, en última instancia, el orden comunitario ausente. En ese contexto, el sujeto, constituido y sobredeterminado por el orden simbólico, se convierte, a su vez, en productor activo, potenciando su relativa capacidad agentiva como eje articulador del espacio social. Al mismo tiempo, Laclau profundiza el papel relativamente autónomo de los representados, examinando sus interacciones sociales con el representante, aunque sin retornar a la metafísica de la plena presencia de la voluntad general. Sin embargo, en un sentido inverso, el énfasis formalista de su teoría del populismo y el abandono de la estrategia socialista de sus primeros textos atenúan el aspecto normativo y la autonomía óptica del sujeto.

En la tercera parte, colocamos el eje en las principales transformaciones y rupturas de su teoría política, en relación a los enfoques de tradición (post)estructuralista. Junto a la permanencia de la dimensión simbólica, arbitraria, relacional y diferencial del estructuralismo, Laclau incorpora una serie de innovaciones teóricas y conceptuales. Destacamos, en ese sentido, la reformulación posfundacional del concepto gramsciano de hegemonía, el rol político de los significantes vacíos, la articulación interdisciplinaria de categorías de la fenomenología, la filosofía post-analítica, la teoría política, el psicoanálisis y la pragmática, y su redireccionamiento al análisis político

de la construcción discursiva de hegemonías. También subrayamos la concepción del sujeto parcial populista, que integra elementos del jacobinismo rousseauiano, la teoría política de Maquiavelo y el decisionismo schmittiano, en clave post-estructuralista. En el marco de estas innovaciones, Laclau elaboró una teoría interdisciplinaria de análisis político que asimilamos al pensamiento complejo, ya que logró trascender, de forma compleja, las principales disyunciones binarias de la Modernidad. En el plano filosófico-político, construyendo una novedosa teoría posfundacional del sujeto parcial, que superó de forma no dialéctica las clásicas disyunciones agencia-estructura, particular-universal, participación-representación y contingencia-necesidad, sin caer en un relativismo cultural o en una mera defensa de las particularidades. Además, el concepto de democracia radical y plural y la teoría discursiva del populismo le permitieron trascender las disyunciones clásicas entre democracia-liberalismo, populismo-institucionalismo, democracia-socialismo, reforma-revolución y estructuralismo-humanismo, al integrar elementos parciales de estas tradiciones, en clave post-estructuralista y post-marxista. En cuanto al plano epistemológico, destacamos la propuesta de una objetividad parcial, que integró aportes de la fenomenología, la filosofía postanalítica y el psicoanálisis lacaniano, para luego reconducirlos al análisis político. En ese contexto, Laclau construyó una cuasi-ontología política de lo social, aunque sin abandonar el objetivo praxístico de transformación radical de las condiciones de existencia.

En síntesis, la perspectiva de Laclau puede ser ubicada dentro de una teoría política y un pensamiento político complejo de lo social, que ha logrado superar, de una forma no dialéctica ni trascendental, gran parte de los binarismos y disyunciones inconducentes y simplificantes de la Modernidad. Sin embargo, también debemos señalar que algunas de las innovaciones de Laclau no hacen más que radicalizar aportes previamente destacados por otros pensadores posfundacionales y post-estructuralistas, como Lefort, Lacan, Derrida, e incluso Lévi Strauss. Además, su perspectiva ignora algunas contribuciones centrales de la teoría psicoanalítica lacaniana, como el concepto complejo de nudo borromeo y las potencialidades teóricas de la cinta de Moebius. En el mismo sentido, no incorpora estrictamente un pensamiento ternario de lo social, como sí lo han hecho la semiótica peirciana, la filosofía wittgensteiniana y el propio Lacan. En ese contexto, debemos des-

tacar la permanencia de categorías binarias, como la lógica de la diferencia y de la equivalencia, o la dicotomía del pueblo versus el poder, que limitan la complejidad de lo social. Finalmente, la no teorización sobre los actores de poder organizado (grandes empresarios, sindicalistas, partidos políticos, etc.), la inexistencia de una conceptualización rigurosa de las mediaciones extra-lingüísticas provenientes de la estructura económica, las tradiciones y el marco institucional y el excesivo énfasis en el plano ontológico, no hacen más que poner en evidencia los límites de la perspectiva de Laclau. En ese marco, debemos matizar la tesis de las “rupturas de tablero” y su configuración dentro de un pensamiento complejo de la política y lo social, lo que no implica desconocer o menospreciar sus cruciales contribuciones para el desarrollo de la teoría política post-estructuralista y posfundacional y el análisis sociopolítico y crítico.

Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina*. Rosario: Homo Sapiens.
- Aboy Carlés, G. (2005). “Identidad y diferencia política”. En AA.VV. *Tomar la palabra* (pp. 111-128), Buenos Aires: Prometeo.
- Alonso, L. E. (2012). Sociedad y discurso o discurso sin sociedad: el debate post-estructuralista. *Encrucijadas*, 4, 7-25.
- Althusser, L. (1988). *La filosofía como arma de la revolución*. México: Cuadernos del pasado y presente.
- Althusser, L. (2002). *Por un materialismo aleatorio*. México: Una pluma.
- Althusser, L. (2011). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.
- Arditi, B. (2010). Politics is hegemony is populism? *Constellations*, 17(3), 488-497.
- Arendt, H. (1996). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Austin, J. (1998). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós.
- Badiou, A. (2007a). *¿Se puede pensar la política?* Buenos Aires: Nueva Visión.
- Badiou, A. (2007b). *Reflexiones sobre nuestro tiempo*. Buenos Aires: Del Cifrado.
- Bajtín, M. (1982). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Balibar, E. (2007). El estructuralismo, ¿una destitución del sujeto? *Instantes y azares*, 4-5, 155-172.
- Barthes, R. (1970). *S/Z*. Paris: Du Seuil.

- Barthes, R. (1991). *Mitologías*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Benveniste, E. (1989). *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI.
- Borón, A. (1999). El marxismo y la filosofía política. *Critica marxista*, 13, 69-94.
- Bourdieu, P. (2008). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Castoriadis, C. (1999). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- Copjec, J. (2006). *El sexo y la eutanasia de la razón*. Buenos Aires: Paidós.
- Critchley, S. & Marchart, O. (2008). Introducción. En S. Critchley & O. Marchart (Comps.). *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra* (pp. 15-29). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Culler, J. (1988). La crítica postestructuralista. *Criterios*, 31-32, 33-43.
- De Ípola, E. (2001). *Metáforas de la política*. Rosario: Homo Sapiens.
- De Ípola, E. (2007). *Althusser, el infinito adiós*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- De Saussure, F. (1959). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.
- Deleuze, G. (1982). ¿En qué se reconoce el estructuralismo?. En P. Chatelet, *Historia de la filosofía. Ideas, doctrinas* (pp. 569-599). Madrid: Espasa-Calpe.
- Deleuze, G. (1991). Postdata sobre las sociedades de control. En C. Ferrer (Comp.). *El lenguaje literario* (pp. 5-10). Montevideo: Nordan.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1996). *Rizoma*. Madrid: La piqueta.
- Derrida, J. (1989). La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas. En *La escritura y la diferencia* (pp. 383-401). Barcelona: Anthropos.
- Derrida, J. (1995). *Espectros de Marx*. Madrid: Trotta.
- Derrida, J. (1997). *Fuerza de ley*. Madrid: Tecnos.
- Derrida, J. (2003). *Firma, acontecimiento, contexto* (pp. 349-372). Madrid: Cátedra.
- Ducrot, O. (1975). ¿Qué es el estructuralismo? Buenos Aires: Losada.
- Escolar, C. (2004). Pensar en/con Foucault. *Cinta de Moebio*, 20, 93-100.
- Fair, H. (2010). El estatuto del sujeto en la teoría post-estructuralista de Ernesto Laclau. En Z. Díaz Montiel & A. Márquez Fernández (Comps.). *Justicia social emancipadora, democracia ciudadana y crisis del Estado* (pp. 231-264). Buenos Aires: El Aleph-Insumisos Latinoamericanos.
- Fair, H. (2011). Contribuciones teóricas a la praxis política desde la teoría

- post-marxista de Ernesto Laclau. *Ágora Trujillo*, 27, 75-95. Recuperado de: <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/34681/1/articulo4.pdf>
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1973). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (1996). *¿Qué es la ilustración?* Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (2003). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2008). *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Freud, S. (1973). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas de Sigmund Freud*, Tomo 3 (pp. 2563-2610). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Giddens, A. (1995). *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gómez, M. (2006). La cuestión de los tiempos y el problema del autor en el discurso lacaniano. *Astrolabio*, 3, s/p.
- Gramsci, A. (1984). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Hall, S. (2006). Estudios culturales: dos paradigmas. *Revista colombiana de sociología*, 27, 233-254.
- Hillis Miller, J. (2008). Hacerse cargo de una tarea. Momentos de decisión en el pensamiento de Ernesto Laclau. En S. Critchley & O. Marchart (Comps.). *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra* (pp. 269-279). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (1991). *El Ser y el tiempo*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Howarth, D. (2010). *Discourse*. Buckingham: Open University Press.
- Jakobson, R. (1985). *Ensayos de lingüística general*. Buenos Aires: Planeta Agostini.
- Lacan, J. (1958). Lo simbólico, lo imaginario y lo real. *Conferencia pronunciada en el Anfiteatro del Hospital psiquiátrico de Saint Anne, París, 8 de julio de 1953*. Buenos Aires: Crítica.
- Lacan, J. (1971-1972). *Seminario XIX: Ou pire*. Buenos Aires: Edición íntegra en español.
- Lacan, J. (1982). “Tópica de lo imaginario”. En *Seminario I, Los escritos técnicos de Freud* (pp. 119-141). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1987). *Escritos II*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2003). *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Lacan, J. (2006). *Seminario XVII: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2008). *Seminario XX: Aún*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2009). *De un discurso que no fuera del semblante*. Buenos Aires: Paidós.
- Laclau, E. (1978). *Política e ideología en la teoría marxista*. Madrid: Siglo XXI.
- Laclau, E. (1985). Tesis acerca de la forma hegemónica de la política. En J. Labastida (Coord.). *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina* (pp. 19-44). México: Siglo XXI.
- Laclau, E. (1991). *Debates sobre el Estado capitalista. Estado y clase dominante*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Laclau, E. (1993). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Laclau, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Laclau, E. (2003a). Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas. En J. Butler; E. Laclau & S. Žižek (Comps.), *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (pp. 49-93). México: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2003b). Estructura, historia y lo político. En J. Butler; E. Laclau & S. Žižek (comps.). *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (pp. 185-214). México: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2005a). Desconstrucción, pragmatismo y hegemonía. En AA.VV. *Desconstrucción y pragmatismo* (pp. 97-136). Buenos Aires: Paidós.
- Laclau, E. (2005b). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2006a). *Misticismo, retórica y política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2006b). La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana. *Nueva Sociedad*, 205, 56-61.
- Laclau, E. (2006c). Consideraciones sobre el populismo latinoamericano. *Cuadernos del Cendes*, 23 (62), 115-120.
- Laclau, E. (2008). *Debates y combates*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Laclau, E. (2009). Populismo: ¿qué nos dice el nombre? En F. Panizza (Comp.). *El populismo como espejo de la democracia* (pp. 51-70). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. & Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lefort, C. (1990). *La invención democrática*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Lévi Strauss, C. (1968). *Antropología estructural*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Lévi Strauss, C. (1969). *Mitológicas (I): lo Crudo y lo Cocido*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lévi Strauss, C. (1979). Introducción a la obra de Marcel Mauss. En M. Mauss, *Sociología y antropología* (pp. 13-42). Madrid: Tecnos.
- Lévi Strauss, C. (1999). *Raza e Historia*. Madrid: Altaya.
- Liotard, J. F. (1992). *La condición postmoderna*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Maquiavelo, N. (1987). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza.
- Maquiavelo, N. (1998). *El Príncipe*. Buenos Aires: Planeta DeAgostini.
- Marchart, O. (2009). *El pensamiento político posfundacional*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Morin, E. (1998). *El método IV. Las ideas*. Madrid: Cátedra.
- Morin, E. (2001). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Nietzsche, F. (1996). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Madrid: Tecnos.
- Palti, E. (2005). *Verdades y saberes del marxismo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ranciere, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ranciere, J. (2007). *En los bordes de lo político*. Buenos Aires: La cabra.
- Retamozo, M. (2006). "Populismo y teoría política. De una teoría hacia una epistemología del populismo para América Latina". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 12, 95-113.
- Ricoeur, P. (2008). *Hermenéutica y acción*. Buenos Aires: Prometeo.
- Rome, N. (2009). *Semiosis y subjetividad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Rousseau, J. J. (1995). *Contrato Social*. Barcelona: Planeta DeAgostini.
- Rousseau, J. J. (1996). *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. Madrid: Alianza.

- Rusconi, C. (2001). Sobre la noción de identidad. Posiciones de sujeto e interacción discursiva. *Temas y problemas de comunicación*, 9 (11), 107-116.
- Sazbón, J. (2000). El sujeto en las ciencias humanas. *Estudios de Filosofía práctica e historia de las ideas*, 1(1), 19-36.
- Sazbón, J. (2007). Razón y método, del estructuralismo al post-estructuralismo. *Pensar*, 1, 45-61.
- Scott, J. (1992). Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría post-estructuralista. *Debate feminista*, 3(5), 85-105.
- Schmitt, C. (1987). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza.
- Stavrakakis, Y. (2010). *La izquierda lacaniana*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Valentine, J. (2000). Antagonismo y subjetividad. En B. Ardití (Ed.). *El reverso de la diferencia. Identidad y política* (pp. 197-216). Caracas: Nueva Sociedad.
- Vattimo, G. (2000). Posmoderno ¿Una sociedad transparente? En B. Ardití (Ed.). *El reverso de la diferencia. Identidad y política* (pp. 15-22). Caracas: Nueva Sociedad.
- Vernant, J. P. (1994). *Mito y sociedad en la Grecia antigua*. Madrid: Siglo XXI.
- Wahl, F. (1975). Introducción general. En O. Ducrot, ¿Qué es el estructuralismo? (pp. 7-14). Buenos Aires: Losada.
- Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.
- Žižek, S. (1992). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Los autores

Matías Abeijón

Licenciado en Psicología por la Universidad Nacional de Buenos Aires. Actualmente es docente de la carrera de Psicología de dicha universidad. Es becario UBACyT para realizar una tesis de Doctorado en Psicología sobre la psicología en los escritos tempranos de Michel Foucault. Ha publicado diversos trabajos en revistas científicas, capítulos de libros y contribuciones a actas de reuniones científicas.

Paola Sabrina Belén

Profesora y Licenciada en Historia de las Artes Visuales (FBA – UNLP), Especialista en Epistemología e Historia de la Ciencia (UNTREF) y alumna del Doctorado en Epistemología e Historia de la Ciencia (UNTREF). Jefa del Departamento de Estudios Históricos y Sociales (Facultad de Bellas Artes-UNLP). Profesora Adjunta Ordinaria en la cátedra de Estética/Fundamentos estéticos (FBA-UNLP) Ha sido becaria en el sistema de becas internas de la UNLP. Ha recibido el Premio a la Labor científica, tecnológica y artística en la categoría: Investigador en formación de la UNLP y ha participado en carácter de expositora en diversos Congresos, Encuentros y Jornadas tanto nacionales como internacionales. Ha publicado diversos trabajos en actas de Congresos y Jornadas y en revistas nacionales e internacionales. Es co-autora del libro Aportes epistemológicos y metodológicos de la investigación artística y autora de capítulos de libros.

Luisina Bolla

Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de La Plata. Participa de los proyectos de investigación a cargo del Dr. Pedro Karczmarczyk

(H653) y de la Dra. María Luisa Femenías (H591), analizando la intersección teórica entre marxismo y feminismo. Desarrolla tareas docentes como adscripta graduada en la cátedra de Antropología Filosófica (FaHCE-UNLP). Becaria doctoral del CONICET, actualmente elabora su plan de doctorado en Filosofía bajo la dirección del Dr. Karczmarczyk, proponiendo una relectura de la filosofía de Louis Althusser desde la Filosofía de Género, en diálogo con las corrientes materialistas actuales en el ámbito de los estudios de Género.

Luciana Carrera Aizpitarte

Profesora en filosofía por la Universidad Nacional de La Plata. Actualmente es docente en la cátedra de Metafísica de esta institución. Se ha desempeñado como becaria doctoral de CONICET. Actualmente se encuentra concluyendo su tesis en el Doctorado en filosofía de la Universidad Nacional de La Plata sobre “El problema del ser y su relación con el lenguaje poético: origen, naturaleza y resonancias del análisis de la poesía en la filosofía de Heidegger”. Ha publicado diversos trabajos en revistas especializadas, argentinas y extranjeras, capítulos de libros, contribuciones a congresos, etc.

Hernán Fair

Licenciado en Ciencia Política, Magíster en Ciencia Política y Sociología y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Buenos Aires. Actualmente es Investigador asistente en CONICET con lugar de trabajo en la Universidad Nacional de Quilmes. Ha publicado numerosos artículos en revistas científicas nacionales e internacionales. Su tema de trabajo actual es: “Supervivencia, crisis y derrumbe de la hegemonía neoliberal en el gobierno de la Alianza (2001). Una comparación con los tiempos de Menem”.

Pedro Karczmarczyk

Profesor, Licenciado y Doctor en Filosofía por la UNLP. En esta institución se desempeña como Prof. Adjunto de Filosofía contemporánea y dirige el equipo de investigación “Lenguaje y lazo social. Subjetivación, sujeción y crítica en el pensamiento contemporáneo”. Es Investigador Adjunto de CONICET. Ha publicado dos libros (Gadamer: aplicación y comprensión 2007 y El argumento del lenguaje privado a contrapelo, 2011), y se ha desempeñado como editor de números especiales de revistas (“Aproximaciones a la escuela

francesa de epistemología” en Estudios de epistemología, Universidad Nacional de Tucumán, n° 10, 2013 y “La actualidad del pensamiento de Michel Pêcheux” Décalages. An Althusser Studies Journal, Occidental College, Los Ángeles, n° 4, 2014). Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas, argentinas y del exterior.

Guadalupe Reinoso

Licenciada y Doctora en filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente es Becaria posdoctoral de CONICET y Directora del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba. Ha publicado diversos artículos en revistas especializadas, nacionales y del exterior, como así también múltiples colaboraciones en volúmenes colectivos. Su tesis de doctorado versó sobre “Conocimiento, filosofía y terapéutica. Estrategias y enfoques escépticos y antiescépticos en la confrontación L. Wittgenstein-G. E. Moore en torno a la certeza”.

Gustavo Robles

Licenciado en Filosofía por la Universidad Nacional de Tucumán, Magíster en Historia y Memoria por la Universidad Nacional de La Plata y doctorando del Doctorado en Filosofía de la Universidad Nacional de La Plata. Se desempeña además como docente en la cátedra de Epistemología de las Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de La Plata. Fue becario doctoral de CONICET y actualmente se encuentra realizando una estancia de investigación en la Goethe-Universität Frankfurt (Alemania) mediante una beca DAAD. Su tema de trabajo es “La crítica al sujeto en la filosofía de Theodor W. Adorno”.